6318

La

Loca de la

Casa,

Primer Apunte

LA LOCA DE LA CASA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

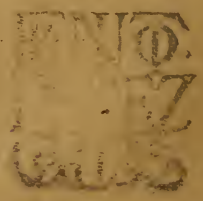
Representóse en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 16 de Enero de 1893

MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1905

LA LOCA DE LA CASA

257012

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.



LA LOCA DE LA CASA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 16 de Enero de 1893

MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1905

PERSONAJES

VICTORIA	Srta. Guerrero.
GABRIELA	Srta. Martínez.
DOÑA EULALIA	Sra. Alverá.
LA MARQUESA DE MALAVELLA	Srta. Cancio.
SOR MARÍA DEL SAGRARIO	Sra. Díez.
CARMETA	Srta. Casado.
JOSÉ MARÍA CRUZ	Sr. Cepillo.
DON JUAN DE MONCADA	Sr. Montenegro.
DANIEL, Marqués de Malavella	Sr. Thuillier.
JAIME	Sr. G. Ortega.
HUGUET, amigo y agente de Moncada	Sr. Barceló.
JORDANA, Alcalde de Santa Madrona	Sr. Balaguer.
LLUCH, portero de la fábrica	Sr. Urquijo.

Hermanas de la Caridad, señoras y caballeros del vecindario de Santa Madrona, etc.

La acción es contemporánea, y se supone en un pueblo de los alrededores de Barcelona, designado con el nombre convencional de Santa Madrona.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
C de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la torre ó casa de campo de Moncada, en Santa Madrona.—Al fondo, galería de cristales que comunica con una terraza, en la cual hay magníficos arbustos y plantas de estufa en cajones.—En el foro, paisaje de parque, frondosísimo, destacándose á lo lejos las chimeneas de una fábrica.—A la derecha, puertas que conducen al gabinete y despacho del señor de Moncada.—A la izquierda, la puerta del comedor, el cual se supone comunica también con la terraza.—A la derecha, mesa grande con libros, planos y recado de escribir.—A la izquierda, otra más pequeña con una cestita de labores de señora.— Muebles elegantes.—Piso entarimado.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA DE MALAVELLA con sus dos hijos, DANIEL y JAIME, que entran por el parque; después GABRIELA.

MARQUESA.—Ya estamos... ¡Ay, hijos, me habéis traído á la carrera! (Volviéndose para contemplar el paisaje.) ¡Pero qué jardín, qué vegetación! Santa Madrona es un Paraíso, y el amigo Moncada vive aquí como un príncipe.

JAIME.—No verás posesión como ésta en todo el término de Barcelona. ¡Y qué torre, qué residencia señoril! Cuando entro en ella, eso que llamamos espíritu parece que se me dilata, como un globo henchido de gas.

DANIEL.—(Meditabundo.) Cuando entro en ella, la hipocondría no se contenta con roerme: me devora, me consume. (Apártase de su madre y de Jaime, y cuando éstos avanzan al proscenio, vuelve hacia el fondo, contemplando la vegetación.)

MARQ.—¿Y Gabriela?

JAIME.—(Mirando hacia el comedor.) Ahora saldrá. Está dando la merienda á los niños.

MARQ.—¿Chiquillos aquí?

JAIME.—Sí, mamá: los seis hijos de Rafael Moncada, que han sido recogidos por su abuelo.

MARQ.—Es verdad... ¡Pobres huerfanitos! (Entra Gabriela en traje de casa, muy modesto, con delantal.) Gabriela, hija mía, ángel de esta casa. (La besa cariñosamente.) ¿Pero cómo te las gobiernas para atender á tantas cosas?

GABRIELA.—¡Qué remedio tengo! Ya ve usted... Estoy hecha una facha. (Quitándose el delantal.) Les he dado la merienda, y ahora van de paseo con el ama y la institutriz. (Saludando á Daniel.) Dichosos los ojos...

DANIEL.—Tanto gusto... (Le estrecha la mano.)

GAB.—(A la Marquesa.) ¿Pero no se sienta usted?

MARQ.—No: dispongo de poco tiempo. Con dos objetos he venido. Primero: visitar á tu papá y á tu tía Eulalia; segundo: ver y alquilar, si me gusta, una de las casitas que han construído... ahí, en el camino de Paulet.

JAIME.—¿Sabes? Junto al convento de Franciscanos.

GAB.—¡Ah, sí! Son preciosas.

MARQ.—Y baratas, según dice éste. Hija mía, los tiempos están malos, y lo primero que hay que buscar es la economía.

GAB.—¿De modo que seremos vecinas esta primavera?

MARQ.—Sí. (Bajando la voz.) Tenemos á Daniel bastante delicado... inapetencia, melancolías...

JAIME.—Y la Facultad (Por sí mismo) ordena campo, aires puros, sosiego, trato continuo y familiar con la Naturaleza.

GAB.—¡Pobrecito Daniel! (Los tres observan á Daniel, que ha vuelto al fondo y está embebecido contemplando el paisaje.) ¿Trabaja demasiado?

MARQ.—Ya no... (Suspirando.) ¡Lástima de bufete, llamado á ser uno de los primeros de Barcelona! (Cariñosamente á Daniel.) Hijo mío, ¿qué haces?

DANIEL.—Nada: miraba... Mucho ha cambiado Santa Madrona de seis meses acá... Dígame usted, Gabriela: allí veo una torre gótica, esbeltísima. (Señala al fondo por la izquierda hacia un punto que no se ve desde el teatro.)

GAB.—La de los Franciscanos. La concluyó papá hace un mes.

DANIEL.—(Señalando hacia la derecha.) ¿Y aquel gran edificio?

JAIME.—El Hospital, Asilo de huérfanos y Casa de expósitos, que debemos á Jordana.

DANIEL.—¡Soberbia construcción!

GAB.—Hecha toda con limosnas, suscripciones y petitorios.

JAIME.—Y con funciones de teatro, bailes, tómbolas, rifas y *kermesses*... ¡Es mucho hombre ese Jordana!

MARQ.—(Queriendo recordar.) Jordana, Jordana...

DANIEL.—El Alcalde perpetuo.

JAIME.—Sí, mamá: aquél que llamábamos el patriarca bíblico porque tiene veinticinco hijos.

GAB.—No tanto... son quince.

MARQ.—¡Jesús!... (Con prisa de marcharse.) ¿Puedo ver á tu papá y á Eulalia?

GAB.—(Acercándose de puntillas á una de las puertas de la derecha.) Papá... escribiendo en el despacho. Mi tía no tardará en volver de la iglesia. (Daniel se aleja de nuevo hacia la terraza.)

MARQ.—Esperaremos un ratito. (A Gabriela, con extremos de cariño.) ¡Ah, dame otro beso! No me canso de mirarte, ni de admirarte, ni de alabar á Dios por la dicha que me concede haciéndote mi hija.

JAIME.—(Con entusiasmo.) Madre, ¿no es verdad que no la merezco? Dígame usted que no la merezco.

MARQ.—Sí, hijo, la mereces: ¿por qué no? Tú también eres bueno...

JAIME.—¡Que no la merezco! Pero, en fin, la tengo: lo mismo da. ¡Qué feliz soy! Y usted, mamá, también lo es. Diga que lo es... dígalo pronto, si no quiere que me incomode.

GAB.—(A la Marquesa, que hace signos negativos.) Dígalo para que nos deje en paz.

MARQ.—Lo digo y no lo digo... Escuchadme. (Cogiendo á Gabriela y Jaime por una mano y situándose entre los dos.) Soñé que cogía en mis manos la felicidad... enterita, completa, redonda, toda para mí... Era como una hostia. Al despertar de aquel sueño, encontréme que sólo poseía la mitad... La otra mitad rota, caída, deshecha á mis pies... Tu padre, el buen Moncada, el consecuente amigo de mi esposo, tenía dos hijitas casaderas, ángeles si los hay... pues yo creo en los ángeles terrestres.

JAIME.—Yo no... pero, en fin, pase.

MARQ.—Dos ángeles digo: tú y tu hermana Victoria. Yo tenía y tengo dos hijos. No por ser míos, ni por hallarse presentes, dejaré de afirmar que algo valen. Este te quiso á tí, Daniel á tu hermana. Dieron las niñas el sí con aquiescencia y regocijo de los padres. Doble matrimonio, dicha completa... Pero ¡ay! de la noche á la mañana Victoria se siente arrebatada de un misticismo ardiente: le nacen alas, levanta el vuelo y no para hasta ingresar en la Congregación religiosa del *Socorro;* y mi pobre Daniel... (Mirándole desde lejos.) Ahí le tienes... sin haberse casado, parece un viudo inconsolable. Esa es la mitad de mi dicha perdida. La mitad alcanzada eres tú, que serás esposa de este indigno médico. (Oyese sonido de campana lejano.)

DANIEL.—Mamá, que es tarde...

MARQ.—Sí, vamos.

DANIEL.—Si te parece, después de ver la casa entraremos un rato en los Franciscanos.

GAB.—Tomarán ustedes chocolate con nosotros.

MARQ.—Si no se empeñan los Franciscanos en que probemos el suyo, aquí nos tendrás. Vaya, adiós. (A Jaime.) ¿Tú te quedas?

JAIME.—Naturalmente.

MARQ.—Hasta luego... (Tomando el brazo á Daniel, vanse por el fondo.)

ESCENA II

GABRIELA, JAIME.

JAIME.—Ya rabiaba por verte.

GAB.—¡Ocho días sin venir!

JAIME.—Que me han parecido ocho siglos. Habrás recibido mis ocho cartas, á carta por siglo.

GAB.—Sí, y sólo te he contestado cuatro letras... ya ves, no tengo tiempo para nada. Con la anexión de los sobrinitos, necesito Dios y ayuda para atender á todo...

JAIME.—(Con entusiasmo.) ¡Mujer extraordinaria, sublime, excelsa!

GAB.—Tonto, no adules.

JAIME.—Déjame, déjame que te eche muchísimo incienso...

GAB.—¡Fastidioso!

JAIME.—Dime: cuando nos casemos, ¿seguirás de reina gobernadora en la casa de tu papá?

GAB.—Es natural que sí. ¿Cómo quieres que le deje solo?

JAIME.—¡Ah! no... de ninguna manera... ¡Don Juan de mi alma! Pero es mucho trabajo para tí. ¿Por qué no había de ayudarte tu tía doña Eulalia?

GAB.—¡Mi tía! (Riendo.) No la saques de sus rezos, de su labor de gancho, de sus visitas á todas las monjas y frailes que hay en tres leguas á la redonda; no la saques de dar buenos consejos y traer malas noticias, y de opinar siempre en contra de los demás. Es buenísima; pero al nivel de su virtud, y un poquito más arriba, pongamos su inutilidad.

JAIME.—Bueno... Pues no nos acobardemos por el exceso de trabajo... ¡Ah! ¿Sabes que voy teniendo clientela? Decididamente, me dedico á la especialidad de enfermedades nerviosas.

GAB.—Pues empieza por tu hermano... ¿Sabes que no me gusta nada su aspecto?

JAIME.—Pasión de ánimo. Lo que dijo mamá: soltero y viudo inconsolable. Créelo, tu hermanita le desquició con el dichoso monjío. Lo más raro es que á Daniel le ataca también ese terrible asolador del humano cerebro: el *bacillus mistica.*

GAB.—¿De veras?

JAIME.—Los Franciscanos de Barcelona cuidan de inoculárselo.

GAB.—¿Qué me cuentas?

JAIME.—Sí: mañana y tarde le tienes entre frailes más ó menos descalzos, platicando de cosas abstrusas y enrevesadas, cháchara espiritualista, que yo, disector de cadáveres, no he podido entender nunca.

GAB.—No desatines.

JAIME.—Y á propósito de enfermos. ¿Qué tiene tu papá?

GAB.—(Con asombro.) ¿Papá? Nada... Ah, sí: algo tiene... Padece insomnios, tristezas... apenas habla... Se me figura que ha sufrido estos días algún contratiempo gravísimo.

JAIME.—El incendio de los almacenes de Barceloneta.

GAB.—No... algo más será... Presumo que pérdidas considerables en Bolsa. Huguet, su agente y amigo, viene casi todas las tardes.

JAIME.—Hoy también.

GAB.—¿Con vosotros?

JAIME.—No.

GAB.—(Con interés.) ¿En qué coche venía Huguet?

JAIME.—En el de ese bárbaro... ¿Cómo se llama?... ¡Ah! Cruz, José María Cruz, que vive ahí, en casa de Jordana.

GAB.—(Recelosa.) ¿Venía también Cruz?

JAIME.—Sí... Sabrás que mis amigos le llaman *el gorilla*, porque moral y físicamente nos ha parecido una transición entre el bruto y el *homo sapiens*.

GAB.—Hombre de baja extracción, alma sórdida y cruel, facha innoble, la riqueza no le ha enseñado, como á otros, á sobredorar la grosería de sus modales, la vulgaridad zafia de sus pensamientos.

JAIME.—Mala persona, según dicen. ¿Y es cierto que se crió aquí, en tu torre?

GAB.—Sí, hombre. Es hijo de un carretero que tuvimos en casa. Yo era muy niña entonces. Apenas me acuerdo.

JAIME.—¡Qué cosas se ven!

GAB.—Es de esos que van cerriles á América y luego vuelven cargados de dinero. Apenas cambio el saludo con él... Y el muy bruto no conoce la antipatía, la repugnancia que me inspira... y... vamos, ¿te lo cuento?

JAIME.—(Receloso) ¿Qué?... Me asustas.

GAB.—Anteayer iba yo por el jardín... ¡Pasé un susto...! Estaba sola. Presentóseme saliendo de unas matas, como res brava perseguida de cazadores, y al verle delante de mí quedéme fascinada, sin poder hablar. Quise dar un grito; pero no lo dí, hijo, no lo dí.

JAIME.—Eso es lo que no sabe ninguna mujer: gritar á tiempo. (Con repentina cólera.) Gabriela... ¿ese animal tiene el atrevimiento increíble de prendarse de tí?

GAB.—Algo de eso me dió á entender con sus gruñidos...

JAIME.—No me lo digas...

GAB.—¿Pero yo qué culpa tengo?

JAIME.—(Muy inquieto.) ¡Enamorado de tí! ¡Ay, qué idea me asalta, qué recelo, qué presentimiento horrible! Gabrie-

la, ese hombre te quiere comprar. Dime, por tu vida, dímelo; dime que no te vendes... que no cambiarás mi honrada personalidad por la de ese alcornoque cargado de bellotas de oro...

GAB.—¿Pero estás loco? (Viendo salir á Moncada.) Cállate... mi padre...

ESCENA III

Los mismos.—MONCADA, que sale por la derecha muy caviloso y triste; después HUGUET.

MONCADA.—(¡Qué ansiedad! ¡Lo que tarda Huguet!...)

JAIME.—Señor don Juan...

MONC.—¡Ah, Jaime! (Con indiferencia.) ¿Qué tal? ¿Y tu mamá?

JAIME.—Ha venido conmigo y con Daniel.

GAB.—¿Sabes, papá?... La Marquesa alquila una de las casitas de abajo...

MONC.—(Que no se ha fijado en lo que Jaime y Gabriela le han dicho.) ¿Dime, me traes alguna mala noticia?

JAIME.—(Sorprendido.) ¿Mala noticia?

MONC.—¿No?... Es que... Hace días que no entra aquí una persona sin anunciarme algún desastre.

JAIME.—¡Don Juan!

MONC.—(Viendo salir á Huguet por el fondo.) ¡Ah! gracias á Dios.

GAB.—(Aparte á Jaime.) Huguet... estamos de más aquí. (Retírase por la izquierda; Jaime la sigue.)

JAIME.—(Reparando en la expresión sombría del rostro de Huguet.) Mal cariz tiene el agente.

GAB.—(Ordenando á Jaime que salga por la terraza.) Tú por allí... (Vanse.)

ESCENA IV

MONCADA, HUGUET.

MONC.—(Impaciente.) ¿A ver...? ¿Qué hay? ¿Qué nueva desgracia me traes hoy?

HUGUET.—(Cohibido.) Hombre, aguarda.

MONC.—Tu cara no puede engañarme. De tanto leer en ella me la sé de memoria.

HUGUET.—Te diré... La cosa es grave; pero aún...

MONC.—(Con firmeza.) Déjate de atenuaciones, Facundo. No las necesito.

HUGUET.—Bueno. Pues lo que temíamos, Juan: un pánico horroroso que no hemos podido contener, comprando hasta comprometernos con ciega temeridad. Artús y yo hemos hecho verdaderas locuras. ¡Esfuerzo inútil! Las acciones del *Banco Mercantil y Naval* ofrecidas á veinticinco.

MONC.—(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡A veinticinco!

HUGUET.—Ya me lo temía...

MONC.—(Con ansiedad.) Dí, ¿podré esperar que la *Compañía Insular y Continental* me apoye para evitar el último desastre?

HUGUET.—¡Ay, querido Juan! Pues tienes un alma bien templada para el infortunio, te diré que...

MONC.—(Vivamente.) No sigas. Mi pesimismo me da un gran poder de adivinación. Hace un rato pensaba en la espantosa baja... ¡la veía! y he visto que la *Compañía Insular* es también cosa muerta... ¿Acerté?

HUGUET.—(Con honda tristeza.) Sí. (Pausa.) Han venido para tí malos tiempos, compensación de los buenos que gozaste. Así es el mundo.

MONC.—Empezaron mis desdichas con la muerte de mi esposa, mi idolatrada Luisa. ¡Ay! la prosperidad entró con ella en mi casa, y con ella se fué... Cuatro meses después de aquel golpe recibí otro, que también me hirió en lo más vivo del alma: mi hija Victoria, la más parecida á su madre, la que me reproducía su bondad, su inteligencia, su viveza y gracia seductoras, es bruscamente asaltada de un religioso entusiasmo, que más bien parece exaltación insana. Su jovial carácter sufre una crisis profunda, que termina con la resolución de tomar el hábito en el *Socorro*. Comprometida á casarse con Daniel de Aransis, á quien amaba desde que ambos eran jovenzuelos, lo abandona todo: padre, hermanos, novio, casa, familia, amigos...

HUGUET.—Su apasionada vocación es digna de respeto.

MONC.—Si no digo nada contra su vocación. Allá la tienes á punto ya de cumplir el plazo del noviciado y profesar. ¡Hija de mi alma!... ¡Perderte viva!... (Desechando una idea triste.) Pues sigo: al mes de ver partir á mi Victoria para el convento, ocurre la espantosa baja de los algodones, que me hace perder en un día... ya lo sabes. Al mes siguiente, una inundación hace estragos en la fábrica de Igualada. Pasan veinte días, y el fuego me destruye parte de los almacenes de Barceloneta. Y así continúan éstos, que bien puedo llamar arañazos del monstruo, comparados con la inmensa desventura del mes anterior. Mi hijo, mi único varón, el *hereu*, la esperanza y el orgullo de mi casa... (La aflicción no le permite concluir la frase.)

HUGUET.—¡Tristísimo recuerdo!

MONC.—Sucumbió, víctima de una rápida enfermedad infecciosa... Ahí tienes á sus seis niños, también huérfanos de madre, sin más amparo ya que su abuelo...

HUGUET.—(Animándole.) Y les basta y les sobra... Vamos, Juan, ánimo. No más ideas lúgubres. Lucharemos contra la adversidad... Más sereno que tú, yo veo caminos de salvación.

MONC.—(Desconfiado.) ¿Cuál es? ¿La venta de inmuebles de que hablamos el otro día? ¿El préstamo hipotecario?

HUGUET.—Sí.

MONC.—Ya es tarde. Tendría que ser en condiciones ruinosas.

HUGUET.—Quién sabe... Te diré. He hablado con Cruz.

MONC.—(Vivamente.) ¿Y tiene noticia del horrible *crack* de hoy?

HUGUET.—Si todo lo sabe. No creas que se presenta mal. Insiste en comprarte la fábrica y los terrenos de la Gran Vía.

MONC.—¿Pero en qué condiciones? Es usurero. Se enroscará en mí como el boa, y me ahogará.

HUGUET.—Y también parece dispuesto, si no quieres vender tus inmuebles, á hacerte el empréstito con garantía...

MONC.—Facundo, por Dios, no me des esperanzas que luego resultan fallidas... ¿Y crees tú que podrá...?

HUGUET.—(Asombrado.) ¡Que si puede! Es hombre de inmenso capital..

MONC.—(Ensimismado.) Inmenso, sí... ¿Habéis venido juntos de Barcelona?

HUGUET.—Y juntos entramos en tu parque. Ahí le dejé paseándose con Jordana, que no le suelta.

MONC.—¿A ver? (Aproximándose al foro para mirar hacia el parque.)

HUGUET.—(Solo en el proscenio.) (¿Cuajará mi proyecto? Atrevidillo es. Pero Eulalia conspira conmigo, y es mujer que lo entiende.)

MONC.—No veo á nadie... Mi hermana es la que viene ahí. (Volviendo al proscenio, desalentado.) Ya estoy temblando. ¡Si me traerá malas noticias!...

HUGUET.—¡Oh, no!

ESCENA V

Los mismos.—DOÑA EULALIA, vestida de negro, con un libro de rezos. Es señora de cabellos blancos, de rostro pálido y sin movilidad.

EULALIA.—Pero qué, ¿no ha vuelto Florentina?

MONC.—Yo creí que estaba contigo.

EULAL.—(Secamente.) No: sólo he visto á Jaime. Buenas tardes, Facundo. (A Moncada.) ¿Y tú, qué tal te encuentras? ¿Fuertecito... animado? ¡Ay, cómo te admiro!

MONC.—(Alarmado.) A mí, ¿por qué?

EULAL.—Por tu tesón, por tu estoicismo, por esa firmeza heróica con que recibes los tajos y mandobles de la adversidad.

MONC.—(Impaciente y malhumorado.) ¿Pero qué, me preparas para alguna mala noticia?

EULAL.—No se trata de eso. A no ser que tengas por mala noticia la de que tu hija Victoria profesará dentro de quince días. (Gesto de indiferencia en Moncada.) ¿Y tampoco te importa saber que la Superiora le permite pasar tres días en tu compañía?

MONC.—¿A Victoria?

EULAL.—Sí... la tendrás aquí esta tarde con Sor María del Sagrario, la hermanita del Socorro que ha pedido Ríus para asistir á su suegra.

MONC.—Bien venida sea mi adorada hija... Pero de veras, ¿no tienes alguna nueva desastrosa que comunicarme?

EULAL.—¿Y qué? ¿No hemos nacido para padecer? Tus penas son mis penas. ¿No estoy aquí para compartirlas, para consolarte?

HUGUET.—¡Oh! sí... el consuelito espiritual.

EULAL.—¿Qué tiene que decir el bueno del agente? (Amoscada.) Estos hombres descreídos, metalizados, idólatras del becerro de oro...

HUGUET.—¿Pero dónde está ese becerro, señora? Dígame usted dónde está el becerro.

EULAL.—A usted, Facundo, que ya es cosa perdida, nada tengo que decirle... Tú, querido hermano mío, te salvarás porque has padecido y padeces... El Señor te ha probado.

MONC.—Bien lo veo...

EULAL.—Y bendice la mano que te hiere.

MONC.—Pues la bendigo... Ahora... pega.

HUGUET.—(Con intención.) No: si hoy no trae el rayo de las malas noticias.

EULAL.—¿Y si trajera el iris de las esperanzas risueñas?

MONC.—(Incrédulo.) ¿Iris tú...?

EULAL.—Yo, sí.

MONC.—(Esperanzado.) ¿De veras?

EULAL.—(Con sequedad.) No, no es nada. (No debe saberlo todavía.)

MONC.—(Resignado.) Adelante la adversidad.

EULAL.—Adelante. (Con afectada emoción.) Querido hermano mío, cuando Dios te pone en el yunque, y bate y machaca, por algo será.

MONC.—(Meditabundo.) Por mis pecados... sí.

EULAL.—Tú lo has dicho... ¿Quieres oir un juicio sano y leal?... El Señor te aflige y te afligirá más todavía, porque has olvidado sus leyes sacrosantas, devorado por la fiebre mercantil y por el afán de acumular riquezas. (Con acrimonia.) Y no estás ya en edad de atender más á los negocios que á la suprema especulación de salvar tu alma, porque el mejor día viene la cobradora fea con la libranza del vivir vencida, y tienes que pagar á toca-teja, dando tu cuerpo á los gusanos y tu alma á la eternidad. Y te llaman á juicio; y allá, el ángel que pesa y apunta te preguntará por tus buenas acciones, no por las del

Banco, ni por el mayor ó menor capital que tengas en cuenta corriente ó en caja... Y entonces será el rechinar de dientes y el decir... ¡maldita riqueza, malditos negocios y maldito tanto por ciento...! (Moncada se ha sentado con muestras de fatiga, y aguanta el sermón sin decir una palabra.)

HUGUET.—¡Basta, por Dios!...

ESCENA VI

Los mismos.—LA MARQUESA, DANIEL, JAIME, por el fondo; después GABRIELA.

MARQ.—Aquí están... ¡Querido Juan!

MONC.—(Estrechándole la mano.) ¡Florentina!...

EULAL.—¡Qué gozo verte aquí!... (Se abrazan.) ¿Qué tal la casita?

MARQ.—Positivamente la tomo.

DANIEL.—(A Moncada.) Desde mañana, mi querido don Juan, seremos vecinos. Usted, según parece, no goza de buena salud; yo tampoco. Nos acompañaremos, nos consolaremos mutuamente, reanudando la serie de largos paseos que eran nuestra delicia seis meses há.

MONC.—(Abrazándole.) Tu amistad es un gran consuelo para mí. Te quiero como á un hijo.

MARQ.—¿Y Gabriela?

JAIME.—(Atisbando por la puerta de la izquierda.) Aquí está.

GAB.—(Vestida con traje más elegante que al principio del acto.) ¿Toman chocolate?

MARQ.—Sin duda.

EULAL.—A mí me lo haces con agua. Ya sabes que ayuno.

MARQ.—¡Ah! (Recordando.) Mañana Domingo de Ramos. (Forman todos un grupo, del cual se separa doña Eulalia para reunirse con Huguet al otro lado del proscenio.)

HUGUET.—(Aparte á doña Eulalia.) ¿De veras conspira usted conmigo?

EULAL.—Yo no conspiro: influyo con mi autoridad en la suerte de la familia... ¿Pero ese bendito salvaje no viene?

HUGUET.—No tardará... Dígame usted, ¿no le parece que esta familia nos estorba un poco?

EULAL.—Sí: ¡visita más inoportuna...!

HUGUET.—¿Qué hacemos?

EULAL.—Yo les espantaré como á las moscas.

ESCENA VII

Los mismos.—JOSÉ MARÍA CRUZ y JORDANA, que entran por el foro. El primero es hombre rudo y de ademanes torpes, rostro ceñudo. Viste con decencia y sencillez, sin pretensiones de elegancia.

MONC.—(Adelantándose.) Amigo Cruz...

CRUZ.—(Saludando con embarazo.) Señor don Juan... don Facundo...

JORD.—Por tercera vez he enseñado al señor de Cruz esta hermosa finca y la fábrica.

MONC.—(Con tristeza.) ¡Ah! ¡la fábrica! Desde la muerte de mi hijo está un poco descuidada.

CRUZ.—(Con sequedad.) Y un mucho. Falta dirección, sobra gente. El trabajo no marcha con regularidad.

MONC.—Cierto. (Continúan hablando.)

MARQ.—(A doña Eulalia.) ¿Quién es este gaznápiro?

JAIME.—(A la Marquesa.) Es ese Cruz de quien te hablé.

MARQ.—(Mirándole con impertinente.) Ya...

EULAL.—Mala traza, ¿verdad?

JAIME.—Y peores obras.

MONC.—(A Cruz, presentándole á la Marquesa.) Nuestra amiga la señora Marquesa de Malavella. (Presentando á Daniel.) Su hijo el señor Marqués de Malavella. (Saludan, inclinándose.)

CRUZ.—Por muchos años...

MONC.—(Presentando á Jaime.) El otro hijo...

CRUZ.—A éste ya le conocía... el médico. Ese otro caballerito es abogado.

DANIEL.—Servidor de usted.

GAB.—(Aparte á Jaime.) ¿Has visto qué tío más grosero?

JAIME.—Nunca ví mostrenco igual. (Moncada invita á Cruz á sen-

tarse. Obsérvese en la situación de los nueve personajes la disposición siguiente: á la izquierda forman un grupo la Marquesa, Gabriela y doña Eulalia, sentadas, teniendo á un lado y otro á Huguet y Jaime, en pie; en el centro Cruz y Jordana, sentados; á la derecha Moncada sentado, Daniel en pie.)

JORD.—Lo que tiene encantado al amigo Cruz es el parque.

MONC.—No es malo.

CRUZ.—Lo miro como cosa mía.

TODOS.—(Los del grupo de la izquierda.) ¡Como cosa suya!

CRUZ.—Cierto... porque en él me crié.

TODOS.—Ya.

JORD.—El señor no reniega de su origen humilde.

CRUZ.—Nunca. Nací en la indigencia. Todo lo que tengo se lo debo... á éste. (Señalándose.)

DANIEL.—No es flojo mérito.

CRUZ.—Los señoritos de carrera (Mirando á Daniel y Jaime) ven en mí un hombre sin principios, un hombre tosco y vulgar...

DANIEL.—(Por cortesía.) ¡Oh! no...

MARQ.—(A los de su grupo.) ¿Y decís que este cafre es riquísimo?

JAIME.—El asno cargado de reliquias.

EULAL.—¡Envidioso! (A la Marquesa.) ¿Tú qué opinas?

MARQ.—¿Yo? Que se puede perdonar al animalito por las alforjas.

EULAL.—(Alto.) El amigo Cruz no se avergüenza de haber desempeñado en esta casa los oficios más bajos.

CRUZ.—¿Qué he de avergonzarme? Mi padre, Magín Cruz, era el carretero de esta posesión. Vivíamos allá, junto á las tapias de Paulet, cerca del ferrocarril.

MONC.—Cierto.

CRUZ.—Mi padre sacaba los escombros y las basuras, traía estiércol y mantillo para las plantaciones y el guijo para los paseos del jardín. Entonces, señor don Juan, usted me tuteaba... naturalmente, y me llamaba Pepet. ¿Por qué ahora no me dice también Pepet?

MONC.—Si lo desea usted... si lo deseas, Pepet te llamaré.

CRUZ.—Han pasado muchos años. Yo tenía en aquel tiempo diez y siete ó diez y ocho, y fama de muy díscolo y rebelde.

MONC.—Hablando con franqueza, Pepet: eras un bruto.

CRUZ.—Y lo soy todavía.

MARQ.—Me gusta la sinceridad.

MONC.—Cansado de luchar con tu fiereza indómita, tu padre tuvo que embarcarte.

CRUZ.—Atado codo con codo, me metieron en un buque de vela que salió para Mazatlán por el cabo de Hornos.

MARQ.—Viaje divertido.

CRUZ.—Sí, señora, muy divertido: un viajecito que convendría á sus hijos de usted para que aprendieran á vivir.

GAB.—(A Jaime.) ¡Pero qué animal!

CRUZ.—Volviendo á lo de mi infancia, diré que más de una vez entré en esta casa con un respeto supersticioso. Pensaba yo que entrar descalzo en la sala donde ahora estamos era una profanación, un sacrilegio. Me parece que estoy viendo á la señora, madre de esa señorita y de su hermana. ¡Oh, la señora no era orgullosa ni finchada... tan guapa, tan benévola...! Algunas tardes metíame yo en la cocina. (Señalando al foro por la izquierda.) Blasa, la cocinera, me ponía delante un plato de cocido... así. (Indicando lo abultado de la ración.)

JAIME.—Y que no tendría usted entonces mal apetito.

CRUZ.—Como ahora. Mi salud es de bronce. No sé lo que es estar enfermo. Nací para vivir mucho, y viviré.

MONC.—Así has podido resistir tan grandes trabajos y fatigas.

MARQ.—¿En Méjico?

CRUZ.—Y en California, beneficiando primero la plata, después el oro.

MARQ.—(Con admiración.) ¡Plata!

EULAL.—¡Oro!

MARQ.—¿Y usted sacaba esos lindísimos metales de las entrañas de la tierra?

CRUZ.—Sí, señora.

JAIME.—¡Bonita industria!

CRUZ.—Como bonita, no.

EULAL.—Horrible, vamos. Señor Cruz, no crea usted que aquí nos trastornamos oyendo hablar de metales más ó menos viles...

HUGUET.—Eso se deja para nosotros los adoradores del becerrito. Estas señoras, cristianas bien curtidas, conservan

sus almas en vinagre, ó sea en el desprecio de las riquezas.

MARQ.—¡Oh! no... Un desprecio prudente nada más, porque hay necesidades...

DANIEL.—La eterna cuestión. No es el dinero bueno ni malo, sino quien lo posee.

CRUZ.—Y quien no lo posee, ¿qué es?

JORD.—Nadie lo sabe...

MARQ.—Porque falta el toque.

EULAL.— Resultará siempre que el dinero es abominable.

JAIME.—No: hay que distinguir...

CRUZ.— Yo no distingo nada, y aseguro que el dinero es bueno. Tengo bastante sinceridad para declarar que me gusta, que deseo poseerlo y que no me dejo quitar á dos tirones el que he sabido hacer mío con mis brazos forzudos, con mi voluntad poderosa, con mi corta inteligencia.

HUGUET.—(¡Cáspita!... ¡El hombre se explica!)

JAIME.—(A Gabriela.) ¡Pero qué bruto!... ¿ves?

GAB.—Me repugna oirle.

DANIEL.—(Naturaleza bravía, estilo crudo.)

JORD.—(¡Vaya un mozo!)

CRUZ.—Hay que dispensarme. Soy muy tosco, no entiendo de floreos, no sé adornar la palabra, ni ponerle flecos y borlitas.

EULAL.— Es usted un diamante en bruto. Le faltan las facetas.

MARQ.—(En el grupo.) No le faltan, hija, no: las tiene en el bolsillo.

EULAL.—Es preciso que vaya desmintiendo la mala opinión que se ha formado de él.

MARQ.—¿Mala opinión? (Cruz alza los hombros.)

MONC.—Digámoslo claro. De tí, Pepet, se cuenta que eres avaro, que amas el dinero con pasión desordenada...

EULAL.—Y que en su vida ha dado usted una limosna.

MARQ.—¡Toma! las dará en secreto, como Dios manda.

CRUZ.—No, señora: no las doy en secreto ni en público. No quiero proteger la mendicidad, que es lo mismo que fomentar la vagancia y los vicios.

JAIME.—(A Gabriela.) ¿Pero has visto?

GAB.—(Con repugnancia.) ¡Y lo dice tan fresco!

EULAL.—Vamos, que no suelta usted un cuarto así le fusilen,

HUGUET.—Es que le ha costado mucho ganarlo.

JORD.—(Con adulación.) ¡Oh, mucho, mucho!

EULAL.—¿Y es cierto que tiene usted una fuerza hercúlea?

CRUZ.—Así, así.

JORD.—Se cuenta que de un machetazo le cortó la cabeza á un indio bravo.

GAB.—¡Qué horror!

JORD.—¡Y qué puntería, señores! Parte un cabello á cincuenta pasos.

CRUZ.—No es extraño... El continuo manejo del rifle en un país donde hay que estar siempre á la defensiva...

MONC.—No sé quién dijo que una vez te acometieron dos tigres...

CRUZ.—Aquí tengo la señal del zarpazo. (Mostrando una mano y retirando el puño de la camisa para que se vea parte del antebrazo.)

HUGUET.—¡Ah, sí... valiente caricia!

EULAL.—(Acercándose para examinar el antebrazo.) Pero diga usted, ¿qué garabatos son esos que tiene usted ahí?

DANIEL.—(Que se ha acercado también.) Es lo que llaman *tatuage*.

CRUZ.—Justo.

EULAL.—¡Jesús! ¡Qué horror de pintura en la misma piel! Miren, miren. (Acércanse Huguet, Moncada y Jordana. La Marquesa, Jaime y Gabriela permanecen alejados, expresando más bien repugnancia.) Dos calaveras, cruces, anclas...

CRUZ.—Esto se hace con pólvora y aguardiente. Costumbres de marinería.

JAIME.—(En su grupo.) Y de tribus salvajes.

EULAL.—Por Dios, señor Cruz, afínese usted un poco. Lo conseguirá si sigue mis consejos... Lo que á usted le falta para ganarse mis simpatías es consagrar una parte, siquiera mínima, al socorro de los necesitados.

JORD.—(¡A buena parte vas!)

CRUZ.—Cada uno sabe lo que tiene que hacer en este punto. Reconozco y declaro que no soy pródigo, ni siquiera generoso, y, si me apuran, diré también que no soy compasivo.

GAB.—¡Y lo dice!

JAIME.—¿Pero has oído?

EULAL.—¿A ver? (Curiosidad en todos.) Explíquenos eso.

CRUZ.—Pero no se asusten. El primer artículo de mi ley es cumplir estrictamente lo pactado...

MARQ.—(Interrumpiéndole.) ¿Y el segundo?

CRUZ.—El segundo... no dar nada á nadie graciosamente. El que no puede ó no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto á quien sepa trabajar. No debe evitarse la muerte del que no puede vivir.

MONC.—(A Daniel.) Lo dirá en broma.

DANIEL.—(Alto.) Desconoce la compasión.

CRUZ.—¡La compasión...! Lo sé por larga experiencia... es una flaqueza del ánimo que siempre nos trae algún perjuicio. ¡La compasión! Donde quiera que arrojen ustedes esa semilla, verán nacer la ingratitud.

MONC.—¡Hombre, por Dios! (Asombro en todos.)

CRUZ.—Como me he formado en la soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por ruda conquista, brazo á brazo, á estilo de los primeros pueblos del mundo, hállome amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y de la civilización.

JORD.—¿Eh, qué tal?

CRUZ.—Digo que la compasión, según yo lo he visto, aquí principalmente, desmoraliza á la humanidad y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, este sentimentalismo que todo lo agosta, el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperarlo todo de la amistad, y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio, la insolvencia... Por eso no hay ley, ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro: ustedes, habituados ya á esta relajación, hechos á lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas.

JAIME.—¡Pero qué bárbaro!

GAB.—Lo que tú dices: el gorilla.

EULAL.—Si bromea... ¿no lo veis?

MARQ.—Da miedo este hombre.

MONC.—Tus ideas, Pepet, son un poco extrañas.

DANIEL.—¡Y tan extrañas!

EULAL.—Falta que nos diga los demás artículos de su ley moral.

GAB.—(Levantándose.) Dejen para otra ocasión los artículos, si han de tomar chocolate.

MARQ.—Ah, sí: son las tantas, y yo quisiera volver de día á Barcelona. (Dirígese al comedor.)

GAB.—(A Cruz.) Y usted, ¿no toma chocolate?

CRUZ.—Gracias: no lo gasto.

GAB.—(A Huguet.) ¿Y usted?

HUGUET.—Luego, luego.

MONC.—(A Gabriela, que le coge de la mano.) ¿También yo? Déjome llevar. (Mientras se dirigen al comedor los que se indican, Huguet y Cruz hablan aparte en el centro del proscenio, y Daniel y Jordana á la derecha.)

DANIEL.—¿Qué casta de hombre es éste?

JORD.—¿Usted lo entiende? Yo tampoco. Le alojo en mi casa, le colmo de atenciones, hasta le adulo... con la esperanza de que costee la terminación de mi grandioso hospital... y nada, no entiende mis indirectas.

DANIEL.—Pero al menos prometerá.

JORD.—Pues si prometiera... Nada. (Apretando el puño.) Es así... Pero no desmayo, y sigo mi campaña. Yo soy terrible. Pordioseando con los poderosos, he levantado aquel gran monumento... En fin, ¿tomamos chocolate?

DANIEL.—Sí, señor, sí... (Pasan al comedor.)

ESCENA VIII

CRUZ, HUGUET; después DOÑA EULALIA.

HUGUET.—Pero, amigo Cruz, en esta ocasión crítica, en plena conspiración, no se pinte usted con tan feos colores.

CRUZ.—Me presento como soy... Hablaré con ella, y si no acierta á ver en mí lo que ver no pueden estos raquíticos jóvenes de carrera, no hemos adelantado nada.

EULAL.—(Que viene del comedor á prisa, oficiosamente.) Ea, ya es-

toy aquí. Facundo, la Marquesa se va pronto con sus hijos. Ya he dicho á Gabriela que en cuanto les despida, se venga acá. Usted coge á mi hermano, me le da un paseo como que va al encuentro de los niños, y le prepara bien. (A Cruz.) Pero usted, bárbaro inocente, ¿por qué se complace en ennegrecer y afear su carácter?

HUGUET.—Eso le estaba diciendo. Como no nos ayude...

CRUZ.—¿Qué quiere usted, que me eche polvos en la cara del alma? Si soy negro, ¿á qué he de blanquearme con harina de arroz, que, apenas puesta, se me caería, dejándome, además de negro, sucio?

EULAL.—En fin, adelante, y no perdamos tiempo. Facundo, fíjese usted en la consigna.

HUGUET.—Allá voy... Por mí no quedará. (Vase por el comedor.)

ESCENA IX

CRUZ, DOÑA EULALIA.

EULAL.—¿A qué vienen esos alardes de fiereza, señor gigante Goliat?... También me ha disgustado, en las manifestaciones de usted, que no mostrara más cariño á esta casa, donde corrió inocente y placentera su infancia...

CRUZ.—¡Mi infancia! Señora mía, ¿cree usted que es muy grata esa memoria?... ¡Si yo era en esta casa poco menos que un animal doméstico...! Tratábame mi padre con rigor excesivo. Recuerdo que teníamos un burro, al cual yo quería como si fuera mi hermano. Mi padre le trataba con más cariño que á mí, desigualdad que no me lastimaba. Los palos que al animal correspondían hubiéralos yo recibido en mi cuerpo por aliviarle á él.

EULAL.—¡Gracias á Dios que veo en usted un rasgo de amor al prójimo... digo... de...!

CRUZ.—Cosas de la niñez... Acuérdome bien de las dos niñas, y aún me parece que las estoy viendo, tan monas, tan lindas... frescas, tiernecitas, como los tallos nuevos de las plantas cuando retoñan en primavera. Las miraba yo como á seres de raza superior, á los cuales no podía tocar, y me creía indigno hasta de fijar en ellas mis ojos.

Bien grabadas conservo en mi memoria algunas impresiones de aquel tiempo. Verá usted: una tarde hallábanse las dos en la alcoba de su papá. (Señalando á la derecha hacia lo alto.) Yo pasaba por el jardín, llevando la carretilla... Me decían mil cosas: «Pepet, bestia, zángano, borrico,» qué sé yo... Mandóme el jardinero que abriera un hoyo junto á la pared, á plomo de la ventana, y mientras cavaba, las dos niñas se entretenían en echarme salivitas... Aún me parece que siento el golpe del salivazo tibio... aquí, sobre mi cogote.

EULAL.—Una broma inocente.

CRUZ.—No: si me agradaba... ya lo creo que me sabía muy bien. Algunas tardes tiraba yo de un carrito en que ellas se paseaban, y yo relinchaba... y...

EULAL.—Que llegaba usted á creerse caballo.

CRUZ.—Que lo era realmente... yo estoy en que lo era. Paréceme aún que veo á Gabriela y Victoria dándome trallazos, y tirándome de las riendas... Eran monísimas entonces.

EULAL.—Y hoy lo son más. La monjita es un encanto.

CRUZ.—No he vuelto á verla desde entonces, ni verla deseo. Ya sabe usted que detesto á toda la caterva de frailes, clérigos y beatas, cualquiera que sea su marca, etiqueta ó vitola...

EULAL.—¡Cruz, por Dios, y me lo dice usted á mí, sabiendo que...!

CRUZ.—Que es usted mojigata... quiero decir, religiosa. Pues no haremos buenas migas... Pero dejemos esto. Sigo contando: hace cuatro meses, cuando llegué aquí, ví un día á Gabriela en la huerta de Jordana, y... lo diré seco. Pues me prendé, me enamoré de ella como un salvaje. (Con alarde de ingenuidad.) Diré á usted todo lo que siento. En mis sueños de hombre rico, que si el pobre sueña el rico más, he vislumbrado siempre una como rehabilitación gloriosa y triunfante de aquellas tristezas de mi niñez. Mi ilusión constante, mientras viví en América, fué poseer Santa Madrona, ser señor donde fuí criado, casi igual á las bestias. Trasplantada á Europa, parece que la ilusión revive y florece, fertilizada por el caudal que traigo... No sé si me explico.

EULAL.—Sí, sí... ¿Pero acaso usted guarda rencor á mi hermano?

CRUZ.—Ninguno. Miro con respeto la casa, el jardín. Respeto también á la familia... Deseo asimilarme todo esto sin ofender á las personas; al contrario, haciéndolas mías, ó que ellas me hagan á mí... suyo... ¿Es esto claro?

EULAL.—Sí, sí...

CRUZ.—En fin, que cuando ví á Gabriela pensé que la única mujer del mundo con quien yo me casaría es ella... Porque yo quiero casarme, fundar una familia...

EULAL.—Es muy natural.

CRUZ.—Tener muchos hijos...

EULAL.—(Riendo.) Vamos, competencia con Jornada.

CRUZ.—Hijos, sí... y criarlos robustos, sanotes, para que aventajen á estas generaciones tísicas...

EULAL.—¡Qué idea, qué orgullo! ¿Cree usted que por tener tanto barro á mano podrá fabricar una humanidad nueva?... Por mi parte, no me entusiasma ver aumentado bárbaramente el número de pecadores. Por eso no he querido casarme.

ESCENA X

Los mismos.—HUGUET.

HUGUET.—(En la puerta del comedor.) Ya se van.

EULAL.—Voy un momento. Dispénseme. Vuelvo. (Vase por el comedor.)

HUGUET.—(Avanzando.) ¿Han hablado ustedes?... (Mirando por el fondo, donde aparecen la Marquesa y sus hijos acompañados de Gabriela, Moncada y doña Eulalia, que salen á despedirles.)

CRUZ.—Dígame usted: ¿esa vieja aristócrata (Por la Marquesa) tiene dinero?

HUGUET.—¡Oh! no... ¡pobrecilla! Su esposo no dejó más que trampas. ¡Excelente señora! Ha pasado mil amarguras y privaciones para educar á sus hijos...

CRUZ.—(Con desprecio.) ¡Valiente educación!

HUGUET.—Buenos chicos... aplicados...

CRUZ.— De éstos que todo lo esperan de los libros, de los dis-

cursos... Se morirán de hambre si no pescan una dote.

HUGUET.—(Observando el movimiento de los personajes que se ven en el forillo.) Ya se fueron... Juan les acompaña hasta la verja, donde espera el coche. Voy... (Vase por el fondo, á punto que entran doña Eulalia y Gabriela.)

ESCENA XI

CRUZ, DOÑA EULALIA y GABRIELA.

GAB.—(Confusa.) ¿Pero á qué me trae usted...? (Sorprendida y aterrada al ver á Cruz.) (¡Ah, ese hombre aquí!)

EULAL.—No, no te retires. El amigo Cruz me decía hace un momento que... Vale más que él lo repita delante de tí. (A Cruz, que está cohibido.) Vamos: la cortedad, la timidez, se despegan de un carácter tan fiero.

GAB.—¿Qué significa esto?

CRUZ.—Gabriela... señorita... yo...

GAB.—(Con entereza.) ¿Usted...: qué?...

CRUZ.—(Notando el ceño de Gabriela.) Hace un momento contaba yo á su señora tía impresiones de mi niñez humilde.

EULAL.—Sí, cuando tú y tu hermana le echábais salivitas... y él tiraba del coche, y vosotras le decíais «¡arre!»

GAB.—(Con desabrimiento.) No me acuerdo de nada de eso.

CRUZ.—Ha pasado el tiempo. Su oficio es pasar, correr, mudando y revolviendo todas las cosas, en la corteza, se entiende, que en lo de dentro no hay poder que las cambie. Siempre somos lo mismo. Cosas que nos parecen extraordinarias, inauditas, han pasado millones de veces... Por ejemplo, esto.

GAB.—¿Qué?

CRUZ.—Pues... esto. En fin, Gabriela: hablaré, como acostumbro, en plata de ley. ¿Tendría usted inconveniente en casarse conmigo?

GAB.—(Espantada.) ¡Oh... por Dios... basta!

EULAL.—Pero, hija, no es para ofenderse.

GAB.—No puedo oir lo que usted dice, ni aun oyéndolo como broma... que me parece de muy mal gusto.

CRUZ.—(Contrariado, sofocando su ira.) Bueno... Agradezco la claridad con que se expresa.

GAB.—Y no teniendo más que decir, me retiro.

EULAL.—(Cogiéndola de la mano.) No, no te vas. ¿Y si yo te dijera que á tu padre, por circunstancias que no son del caso, le sería muy grato...?

CRUZ.—Tampoco me importa la opinión del papá. Ya conozco la suya, y me basta.

EULAL.—Ella lo pensará. Estas proposiciones no se contestan sin un poquito de melindre, y de *sí*, *no* y *veremos*.

GAB.—(Con austera dignidad.) Ya he respondido, y nada tengo que añadir. ¡Que á mi padre pueda ser grato...! No, no le conoce quien le supone capaz de sacrificarme. (Angustiada.) No, imposible... Y, por fin (Con gran energía), si mi padre me mandase querer á ese hombre, no le obedecería, no podría obedecerle... Dueño es de mis actos; pero en mis afectos sólo puede mandar Dios, Dios, que los ha creado en mí...

CRUZ.—(Con sarcasmo.) Sí... ¡Y Dios es quien ha plantado en el alma de usted esa flor raquítica, esa hierba sin fruto... el amor á uno de los hijos de la Marquesa...! ¡Ay, dispénseme usted, señora...! (Por doña Eulalia.) No puedo contenerme... Entrame la calentura.

EULAL.—(Asustada.) ¡Eh... por Dios, ya se descompone!...

CRUZ.—Duéleme haber dado este paso, haber manifestado un sentimiento que no resulta correspondido, ni comprendido siquiera... (Accionando con rudeza y alzando la voz.) Mi orgullo cruje al sentir el tremendo rechazo... Me ciego, me trastorno, no sé lo que digo. No se espanten de que las manotadas de la bestia herida alcancen á alguien... (Paseándose furioso.)

GAB.—(Espantada.) ¿Pero está loco?

EULAL.—(Queriendo amansarle.) Señor Cruz...

CRUZ.—(Gesticulando y entregado sin freno alguno de conveniencias á su cólera brutal.) No se resigna al agravio quien ha vencido peligros de la tierra y del agua; quien no ha temido á las fieras, ni á hombres peores que animales; quien ha triunfado de la Naturaleza... (Apretando los puños.) No, no se resigna el hombre para quien no han sido bastante duras las entrañas de las rocas, ni bastante intrincadas las selvas, llenas de reptiles venenosos... No, mil veces; no soporto que me humille, que me pisotee... una mu-

ñeca sin reflexión, que resulta más dura que las peñas, más impenetrable que los bosques, más árida que los desiertos pedregosos, más brava que los abismos del mar.

GAB.—(Aterrada.) Será preciso llamar...

EULAL.—(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Pero, Cruz... por la del Rédentor!...

CRUZ.—No oigo nada, no quiero saber más. Me voy de esta casa. ¡Que lo pierdan todo, que se arruínen, que se mueran, que se deshonren!... Vengan los señoritos de carrera (Con ira y mofa), enclenques, escrofulosos, inep-tos, parlanchines... vengan á poner puntales á la casa de Moncada... Abur.

EULAL.—(Queriendo detenerle.) ¿Pero se va?... Escuche...

ESCENA XII

GABRIELA, DOÑA EULALIA.

GAB.—(Sentándose desvanecida, como amenazada de un síncope.) ¡Dios mío!... ¿qué hombre es éste?

EULAL.—¡Jesús me valga!... Hija, cálmate... Perdona... yo creí... En rigor de verdad, yo no me he metido en nada... Cosas de Huguet...

ESCENA XIII

GABRIELA, DOÑA EULALIA; MONCADA y HUGUET por el fondo.

MONC.—Ya, ya me ha enterado éste...

GAB.—(Abrazando á su padre.) ¿Verdad, papá querido, que no podía serte agradable el sacrificio de tu hija? ¡Y qué sacrificio! Las pobres mártires arrojadas á las fieras, merecían menos lástima que yo, si con tal monstruo me casase.

MONC.—No, no temas... Jamás tu padre forzará tu voluntad.

HUGUET.—(Disculpándose.) No, si yo no...

EULAL.—Pues yo bien dije que no podía ser.

GAB.—¿Verdad, papá, verdad que no me mandas casarme con ese hombre?

MONC.—(Hastiado, como deseando concluir.) No, no: ya te he dicho...

GAB.—Porque si me lo mandaras, yo... te lo juro... puesto en el dilema de desobedecerte ó quitarme la vida, optaría por lo último.

EULAL.—(Llevándosela.) Basta: ha sido una broma... de Huguet. Vamos, ven...

MONC.—(Aburrido, como despidiéndola.) Sí, sí...

ESCENA XIV

MONCADA, HUGUET.

HUGUET.—(Recogiendo su abrigo y hongo que ha dejado en una silla.) Pues, señor... (Al despedirse.) Dime... con franqueza: si la conspiración hubiera salido bien, ¿te habrías alegrado?

MONC.—(Vacilando.) Siendo á gusto de ella... sí.

HUGUET.—(Con ira.) ¡Lástima de...! En fin... paciencia, Juan.

MONC.—Hasta mañana.

HUGUET.—Mañana... Dios dirá. (Vase por el fondo.)

ESCENA XV

MONCADA; VICTORIA, SOR MARÍA DEL SAGRARIO.

MONC.—(Que continúa sentado.) Me parece que Dios no dirá nada... (Queda profundamente abstraído. Aparecen por el foro Victoria y Sor María del Sagrario. Esta viste el hábito del Socorro, blanco con manto negro; Victoria el de novicia, enteramente blanco, y trae en la mano una palma de Domingo de Ramos, labrada y adornada con flores. Moncada no nota la entrada de las dos mujeres, ni ellas reparan en él hasta después de un breve rato.)

SOR MARÍA.—No están aquí.

VICTORIA.—¿Pero dónde se han metido? (Viendo á Moncada, creyéndole dormido.) ¡Ah! mi padre... Chist. (Imponiendo si-

lencio á la otra, acércase de puntillas.) Se ha quedado dormido.

MONC.—(Viéndola á su lado, con viva sorpresa.) ¡Ah! Victoria...

VICT.—¿No me esperabas?... (Con orgullo.) Mira, mira lo que te traigo... Para mañana, Domingo de Ramos...

MONC.—(Muy afectado.) ¡Ah!... sí. (Vencido de la emoción, no puede contener el llanto, y cogiendo las manos de su hija, se las besa.)

VICT.—(Confusa.) ¿Pero qué... lloras?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MONCADA, junto á la mesa de la derecha, revisa cartas y papeles, demostrando inquietud y tristeza. Junto á la mesilla de la izquierda, DOÑA EULALIA, entretenida en una labor de gancho; á su lado LA MARQUESA, como de visita. Después VICTORIA, que entra y sale varias veces durante la escena.

MARQ.—Pues sí, muy contenta en mi casita.

EULAL.—Daniel se entonará con la vida de campo.

MARQ.—Falta le hace. (Bajando la voz.) No creas... algo me inquieta esta aparición de Victoria.

EULAL.—¿Temes que tu hijo al verla...? ¡Oh, no!... Con el nuevo giro que la idea religiosa ha dado á sus sentimientos, no es fácil que ninguna pasioncilla mundana asome la cabeza... Pero dí: ¿tú crees sinceramente en el misticismo de ese pobre muchacho?

MARQ.—(Suspirando.) ¡Oh! sí.

EULAL.—¿Y lo celebras?

MARQ.—¡Qué sé yo...! No puedo negar que, atendiendo á los intereses, me contraría el cambio de vocación... digámoslo más claro, de oficio. Pero...

EULAL.—Pero como lo espiritual es ante todo, te conformas, quiero decir, te alegras de que tu hijo cambie la toga por la cogulla ó la sobrepelliz...

MARQ.—Claro que debo alegrarme... ¡Y cuidado que el bufete de Daniel prometía!... (Suspirando.) ¡Vaya si prometía!...

EULAL.—(Bromeando.) Positivismo, ¿eh?

MARQ.—Llámalo vida, necesidades... ¡Ay! yo también miro al cielo; pero como ya no veo caer el maná, tengo que revolver la tierra buscando su equivalente.

MONC.—(Con sobresalto, mirando su reloj.) (¡Ese maldito Huguet, cuándo vendrá!)

MARQ.—(Inquieto está el pobre Juan... ¡Si será oportuno hablarle ahora!... Vamos, me lanzo.) Juan.

MONC.—¿Qué?

MARQ.—Tengo que hablar á usted de un asunto.

MONC.—Usted dirá.

MARQ.—Me parece que el otro día le indiqué... Soy muy prevenida, y antes de que venza el plazo del préstamo que hizo usted á mi marido...

MONC.—Ya: la hipoteca de Clot. ¿Cuándo vence?

MARQ.—Dentro de cinco meses.

MONC.—Pues no corre prisa.

MARQ.—Es que quiero anunciarle con tiempo que necesito una prórroga... dos años más, querido amigo... dos años, en los cuales pagaré intereses, pues no acepto el favor sino con esta precisa condición... (Advirtiendo que Moncada, profundamente abstraído, no se entera.) ¿Pero no me oye?

MONC.—¡Ah! perdone usted... Me distraje... Sí, sí: cuente usted con...

MARQ.—(Marcando bien la frase.) Prórroga con intereses.

MONC.—Quítese usted de ahí... No faltaba más sino que yo cobrase réditos á la viuda de mi mejor amigo, á la mujer heróica que ha sabido defenderse, y aun vencer, en la horrorosa lucha con la adversidad y con...

MARQ —Con la miseria, dígalo... (Conmovida.)

EULAL.—¡Ay, Florentina, tu pobre Silverio... qué excelente hombre!... ¡Cariñoso padre, esposo amante y fiel! ¡Pero vamos, hija, que te dejó una herencia...!

MARQ.—Sí: deudas enormes que he ido cancelando á fuerza de sonrojos y privaciones horribles. (Queriendo alejar un triste recuerdo.)

MONC.—Silverio no se perdió por vicioso; no fué lo que vulgarmente llamamos una mala cabeza.

EULAL.—Al contrario, pasaba por una de las primeras de Cataluña.

MARQ.—Y eso fué lo que le perdió: su gran entendimiento, la extraordinaria alteza de sus ideas. Vivió poseído de la fiebre de las mejoras y de la pasión de los adelantos. Se embriagaba, sí, esa es la palabra; se emborrachaba con el maldito progreso, y no vivía más que para visitar exposiciones extranjeras...

MONC.—Y traer acá las máquinas más perfectas de agricultura y de industrias agrícolas.

MARQ.—Por esto, bien puedo decir del pobre Silverio que fué una víctima de la civilización. (Sigue hablando con doña Eulalia.)

VICT.—(Entrando por la izquierda con una taza de caldo.) Vamos, papá, tómate este caldito. Hoy apenas almorzaste.

MONC.—Pues sí que lo tomo. (Coge la taza.) ¿Gusta usted, Florentina?

MARQ.—Gracias.

MONC.—¡Ay, hija mía! ¡Cuán breve el consuelo que me das! ¡Tres días tan sólo...!

VICT.—Pidamos seis á la Madre Superiora.

MONC.—Sí, sí.

VICT.—Daremos el encargo á Sor Sagrario, que hoy se vuelve allá. ¿Qué quieres ahora? (Recogiendo la taza de caldo.)

MONC.—Que me traigas aquel libro de cuentas que quedó en la mesa de mi despacho.

VICT.—Voy. (Vase por la derecha, dejando la taza sobre la mesa.)

MARQ.—(Con desconsuelo, mirando á Victoria.) (¡Lástima de muchacha!) Pues como te decía, sólo Dios conoce mi angustioso batallar con las dificultades y apreturas que me legó el pobre Silverio. Durante algunos años, cuando no velaba yo para coser la ropita de mis niños, me quemaba las cejas haciendo cálculos... para defender y estirar el miserable céntimo. Yo misma he vendido al menudeo la lana de mis ovejitas de Castellar del Nuch, y he almacenado en mi alcoba, esperando mejores precios, las patatas del Clot. Se me han estropeado las manos lavando mi ropa, y mi rostro aprendió á no ruborizarse pidiendo á éste y al otro amigo los libros en que mis hijos habían de estudiar.

VICT.—(Entrando con el libro, que da á su padre.) Aquí está.

MARQ.—Hoy, en la situación modestísima que he podido con-

servar, libre ya, ó casi libre, de acreedores, me conformaré con salvar mi finca del Clot, la casa patrimonial donde nací, aquel terruño queridísimo que guarda la memoria de mis padres. Si lo perdiera, me moriría de pena.

MONC.—(Recordando con pena.) ¡Ay! espere usted, Florentina.

MARQ.—¿Qué?

MONC.—Que no sé si ese crédito va comprendido entre los que se llevó Huguet para intentar una negociación...

MARQ.—Por Dios, no me asuste usted...

MONC.—No apurarse. En todo caso, lo retiraremos antes de hacer la negociación. Como es cosa de poca entidad...

MARQ.—Relativamente. Para mí es mucho; para usted una bicoca.

MONC.—¡Ah! Ya no hay bicocas para mí. Estoy arruinado.

MARQ.—(Asustadísima.) ¡Juan!

MONC.—Como usted lo oye. (A Victoria.) Hija de mi alma, mira por dónde has resultado previsora dedicándote á ese santo oficio de asistir á los pobres y consolar á los desvalidos. Te estrenarás con tu propia familia.

EULAL.—(A la Marquesa, que está consternada.) ¿No ves que bromea? Y en último caso, Juan, á mí no me asusta la pobreza. Creo que á Florentina tampoco.

MARQ.—¡Ay, la pobreza! Esa señora y yo hemos luchado á brazo partido; nos hemos peleado bien, bien, bien. Y como he recibido de ella tantos arañazos y mordiscos, francamente, no le tengo mucha ley que digamos.

MONC.—En fin, Eulalia: tú á un convento, yo al Asilo de Ancianos en que esté mi hija. (Rompiendo papeles y arrojándolos al suelo.)

EULAL.—Pues yo tan contenta. (A Victoria.) ¿Qué dices tú?

VICT.—¿Yo? Que el alma siempre es rica. Su capital crece y se multiplica cuanto más se le derrocha.

EULAL.—(Alabando la frase.) ¿Eh? ¿Qué tal?

MARQ.—Victoria, cuéntanos tu vida. ¿Estás contenta en el Socorro?

VICT.—(Siéntase en una silla baja, entre la Marquesa y doña Eulalia.) ¡Oh, sí! ¡Qué paz, qué encanto, qué dulzura en aquella vida! Pero también paso mis penitas.

EULAL.—¿Penitas? Vamos. (Fatigada, interrumpe su labor sin soltarla de la mano.)

MARQ.—Sí: por las tareas arduas, abrumadoras y á veces repugnantes que imponen á las novicias.

VICT.—Por eso no; más bien por lo contrario. (Quitándole á su tía de las manos la labor de gancho y continuándola con gran ligereza.) Perdone usted, tía: no puedo estar sin hacer algo... Las faenas arduas, las cosas difíciles, muy difíciles, son las que me gustan á mí. Cuando me señalan trabajos fáciles y corrientes de los que puede desempeñar cualquiera, me aburro, me impaciento, me pongo triste.

MONC.—(Que á ratos atiende á la conversación, sin dejar de romper papeles.) Eso es orgullo.

EULAL.—Y ofender á Dios. Hay que someterse.

VICT.—Si yo me someto. Me resigno á las cosas fáciles, no sin un poquito, ó un muchito, de violencia sobre mí. El mayor gusto mío es que me manden algo en que tenga que vencer dificultades grandes, ó afrontar algún peligro que me imponga miedo, más bien terror, ó ahogar con esfuerzo del alma mis gustos de siempre, mis aficiones más arraigadas. Quiero padecer y humillarme.

MARQ.—¡Qué viva imaginación la de esta chica!

MONC.—Desde muy niña se distinguió por el entusiasmo repentino y ardiente.

EULAL.—Y por sus vehemencias, que á veces nos parecían raptos de locura.

MONC.—Lo contrario de su hermana Gabriela, toda reflexión y calma. En aquélla el instinto del método, las acciones lentas, las ideas prácticas; en ésta el arranque súbito, ideas brillantes, actos atrevidos que parecían obra de la inspiración ó del capricho.

EULAL.—¡Dichosa tú, hija mía, que allá te perfeccionas á tu gusto, y te mortificas tan ricamente sin que te moleste nadie!

MARQ.—¿Ricamente? Fama tiene de muy estrecha la disciplina del Socorro.

VICT.—Pues á mí me parece ancha y cómoda. Yo quisiera más...

MONC.—¿Más qué?

VICT.—Más trabajo, más dificultades, mayor violencia de la voluntad, para que el padecer fuera extremado y el sacrificio llegara al límite de las fuerzas humanas.

MONC.—¡Ambiciosilla!

VICT.—Sí que lo soy.

EULAL.—(Levantándose.) Ea, basta de charla ociosa. Hoy Lunes Santo. Es hora de ir á la iglesia, que no faltan ¡ay! cositas que pedir al Señor. Victoria, ¿vienes?

VICT.—Después. No quiero dejar solo á papá.

MARQ.—Yo te acompañaré. Rezaremos, sí. Hay que pedir, pedir... (¡Dios mío, que suban los fondos; que suban, sí, para que se arreglen los negocios de este buen hombre, providencia de tantos desdichados!) Juan, adiós, y no sea usted pesimista.

MONC.—Adiós, amiga mía.

EULAL.—(A Moncada.) No trabajes ahora. No olvides que Daniel hoy vendrá á buscarte para dar un paseo.

MARQ.—¡Ah! sí... y que vendrá pronto, cuando salga de los Franciscanos.

MONC.—Aquí le espero.

EULAL.—(A Victoria, rechazando la labor de gancho que ésta le entrega.) Acábame esas vueltas, holgazana. (Vanse las dos señoras por el fondo.)

ESCENA II

MONCADA, VICTORIA.

VICT.—(En pie, sin mirarle, continuando su labor.) Y qué, ¿te escribo más cartas?

MONC.—(Sentándose junto á la mesa.) Sí: dos ó tres urgentísimas.

VICT.—Pues díctame. (Deja la labor y se sienta por el otro lado de la mesa, tomando la pluma y preparándose para escribir.)

MONC.—No sé por dónde empezar... (Dictando.) «Señores Miró y Compañía...»

VICT.—(Escribiendo.) Y Compañía... Muy señores míos...

MONC.—«Tengo el sentimiento de participar á ustedes... que... por efecto de la liquidación del sábado...» (Da un puñetazo en el brazo del sillón y se levanta airado.) No puedo anunciar yo mismo mi descrédito, la deshonra comercial, la insolvencia.

VICT.—Papá, ¿qué hablas ahí de deshonra?

MONC.—Sí, hija de mi vida. Estoy arruinado... perdido...

VICT.—¿Pero es cierto que...?

MONC.—Lo de menos es la riqueza. El caudal perdido puede ganarse otra vez. Pero la estimación, la pureza de un hombre intachable, no se recobran una vez perdidas.

VICT.—(Con extrañeza.) ¡La estimación! Si Dios te estima, ¿qué te importa que no te estimen los hombres?

MONC.—(Muy excitado.) ¡Dios has dicho!... La religión me consolará de la pobreza; no puede consolarme del descrédito vergonzoso.

VICT.—No te aflijas.

MONC.—¡Y esos pobres niños, los hijos de tu hermano Rafael, tendrán que ser recogidos por los amigos de casa, ó llevados á un hospicio!

VICT.—No me lo digas...

MONC.—No: imposible que yo sobreviva á este inmenso desastre.

VICT.—(Cogiéndole las manos.) ¡Papá, por Dios crucificado...!

MONC.—Déjame... No me prediques... No entiendo tu lenguaje... Ni tú entiendes el mío... Hiciste bien en ponerte en salvo, abandonando tu casa y tu familia antes de la catástrofe, que ya no te afecta, no puede afectarte.

VICT.—(Con efusión.) Papá, padre querido... No me hables así, que me destrozas el alma. Te dejé cuando vivías en la opulencia. Pobre, no te hubiera dejado nunca. Te quiero tanto, tanto, que daría mi vida mil veces por evitar tus penas, por aliviarlas tanto así... Y ahora que vas á ser un pobrecito, ahora... no sé cómo expresártelo... (Con calor y entusiasmo) no sé... porque el amor que te tengo no cabe en mí, ni en el mundo entero.

MONC.—(Abrazándola tiernamente.) ¡Hija de mi vida!

VICT.—Ten fe, ten fe... y verás.

MONC.—Bueno: por fe no ha de quedar.

VICT.—Pues nada temas: yo te salvaré.

MONC.—¿Tú?

VICT.—(Con resolución.) Yo, sí... ¿Te burlas? Yo, yo... Aquí tienes á la que llamábais la loca de la casa, á tu hijita caprichuda y soñadora; aquí la tienes, amenazándote con nuevos delirios de su imaginación arrebatada. (Con orgullo.) Yo, sí; yo te sacaré de penas.

MONC.—(Con mucho interés.) ¿Cómo?

VICT.—Pidiéndoselo á Dios.

MONC.—(Desalentado.) ¡Inocente, alma pura y sencilla! ¡Y crees tú que Dios...!

VICT.—Concede, sí, todo lo que se le pide.

MONC.—¿Todo, todo?

VICT.—Sí, sí. Pero hemos de pedirlo con vivísima, con ardiente fe. Verás cómo imprime á nuestra voluntad una fuerza increíble, colosal; una fuerza que removerá todos los obstáculos...

MONC.—¡Una fuerza! (Confuso.) ¡La voluntad! ¡Ah, si en la voluntad consistiera...!

VICT.—(Con resolución graciosa.) Tú déjame á mí, y verás...

MONC.—(Viendo entrar á Huguet.) ¡Ah! gracias á Dios. (A Huguet.) ¿Qué hay?

ESCENA III

Los mismos.—HUGUET.

HUGUET.—Nada, que Llorens Hermanos se declaran también en quiebra. No hay que pensar en salvación por ese lado.

MONC.—Ni por otro alguno.

HUGUET.—(Como recobrando la esperanza.) Y al fin, ¿habló Cruz contigo?

MONC.—(Sorprendido.) ¿Cruz?... No.

HUGUET.—Quedó en venir hoy. Accediendo á mis instancias, no desiste de comprar la fábrica, ni de hacerte el empréstito...

MONC.—¡Ah! ¿pero en qué condiciones...?

HUGUET.—Querido Juan, en las únicas posibles. ¿Pues qué creías tú? Otra cosa hubiera sido si... (Recelando hablar delante de Victoria, que, sin moverse delante del asiento, continúa su labor de gancho.)

MONC.—No temas hablar delante de ésta. Ya la enteré de todo.

VICT.—Sí, sí: ya sé que querían sacrificar á mi hermana, casándola con un bruto muy rico, con ese Cruz... No le conozco... ni quiero...

HUGUET.—Pues ese mismo hombre, tan fiero y de tan ruda forma, parecía un niño contándome su ilusión de entroncar con los Moncadas, de juntar las dos razas, las dos firmas... Y cree que su plan era cosa grande... Cuando Eulalia y yo empezamos á conspirar, dirigióme el hombre esta carta... (La saca del bolsillo) en la cual sintetiza su pensamiento... (Mostrándola á Moncada, que la rechaza con tristeza.) Proponía, como verás, la creación de una Sociedad comanditaria, á la cual aportaba un capital de quince millones... tú aportarías la fábrica, cuya gerencia desempeñaría él...

MONC.—Calla, déjame. (Con profundo disgusto.) ¿A qué me pones delante de los ojos esa tabla, á la cual no podemos agarrarnos?

HUGUET.—Admitiría las acciones de nuestro Banco al precio de emisión... Se pagarían todos los créditos pendientes...

MONC.—Basta te digo. Si no ha de ser...

HUGUET.—(Guardando la carta, amoscado.) Bueno: déjame al menos el derecho de maldecir nuestro destino.

MONC.—Maldice, maldigamos todo lo maldecible.

HUGUET.—Y no extrañes que el hombre, irritado por la sequedad humillante de la repulsa, te trate ahora como enemigo...

MONC.—Sí: ya sé que tendré que sucumbir á las circunstancias. Me estrujará para sacar el último zumo del limón, y hará un estropajo de mis entrañas.

HUGUET.—Y no podrás quejarte.

MONC.—Si no me quejo. Renuncio á todo, hasta al derecho al quejido.

VICT.—Si me dejan decir mi opinión...

MONC.—Dila.

VICT.—Pues... no entren en tratos con el malo; que al malo, Dios le confundirá.

MONC.—En eso estamos... Pero por de pronto, á quien confunde es al bueno.

HUGUET.—¡Ea, que no es tan malo Cruz! Y en todo caso, hay que reconocerle una cualidad excelsa.

MONC.—¿Cuál?

HUGUET.—Que si no hay otro más duro para hacer cumplir,

tampoco lo hay más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Mi hermano Roberto, que le ha tratado en América, me ha dicho que sus compromisos tiénense por cosa sagrada, y que su palabra vale tanto como escritura pública.

VICT.—Algo es algo.

ESCENA IV

Los mismos.—GABRIELA, que sale precipitadamente por la izquierda, con delantal.

GAB.—(A Victoria.) Tú aquí de parola, y yo allá consumiéndome la figura, sofocada, sin poder hacer carrera de esos chiquillos.

MONC.—Pero, hija, ¿qué es eso?

GAB.—Nada, papá: han perdido el respeto á la institutriz, y á mí me lo perderían también sin las solfas que les doy. (A Victoria.) Pero tú, aprendiz de maestra angélica, ¿por qué no vas allá? A ver, domestícame á esos serafines diabólicos.

HUGUET.—Pues no vienes poco fuerte.

GAB.—Mira, mira (Mostrándole su delantal, desgarrado de arriba abajo) lo que acaba de hacerme Aurorita.

MONC.—¡Qué gracioso!

VICT.—Por poco te afanas.

GAB.—Pues anda tú.

VICT.—Ya lo creo que iré. ¡Valiente cuidado me dan á mí travesuras de chiquillos!

GAB.—Ya no puedo, no puedo atender á tantas cosas. (Revolviendo precipitadamente la cesta de costura, saca hilo y aguja y se cose el delantal.) ¿Sabes, papá, lo que hizo Pepito? Pues meter las dos manos en un plato de natillas, y despues ir marcando uno á uno todos los muebles del comedor.

MONC.—¡Ja, ja!....

HUGUET.—¡Qué mono!

GAB.—Merceditas, á quien no puedo quitar la costumbre de hablar como un carretero, me ha llamado... No lo pue-

do decir. (Todos sueltan la risa.) Y Pepito, cuando le pongo de rodillas por no saber la lección, se entretiene en arrancar las hojas de la Gramática... para poner rabos á las moscas.

HUGUET.—Lo mismo hacía yo.

MONC.—Y yo.

GAB.—Y á todas éstas, la institutriz pone morros, y Celedonia riñe con el ama, y ésta se atufa y me amenaza con irse, y se presenta el marido perdonándonos la vida... En fin, que tengo ya la cabeza como un bombo.

VICT.—(Bromeando.) ¿Quieres apostar á que voy yo y todo lo arreglo?

GAB.—Pues anda, anda... Te cedo la plaza. A tí todo te parece facilísimo.

VICT.—Todo no; eso sí, porque lo es.

GAB.—Quisiera yo verte aquí... (Acabando la costura y cortando el hilo con los dientes.) Para estos trajines, tienes tú demasiado... espíritu... ¡Ay, es un gran comodín eso del espíritu, y hacer todas las cosas con el pensamiento, en vez de hacerlas con las manos, con éstas!

VICT.—Yo también tengo manos. (Con viveza las dos.)

GAB.—No es censura... pero hay que probarse.

VICT.—Probarse, sí.

GAB.—En la vida práctica.

VICT.—En ella estoy.

HUGUET.—(Interponiéndose.) Vamos, no riñan por cuál de las dos vale más. Ambas son excelentes, inapreciables, cada cual en su hechura y estilo.

GAB.—(Riendo.) Si no reñimos... ¡Pero qué tonto!

MONC.—¿Reñir mis hijas? Nunca.

HUGUET.—(Aquí están las dos, la divina y la humana. Ninguna de las dos le sirve para nada. ¡Pobre Juan!)

MONC.—(A Huguet.) No nos descuidemos, Facundo, por si viene...

HUGUET.—¿Tienes ahí la titulación de los terrenos de la fábrica?

MONC.—Creo que sí.

HUGUET.—Pues examinémosla.

MONC.—Vamos. (Dirigiéndose al despacho.) Preparémonos para la decapitación.

ESCENA V

VICTORIA, GABRIELA; CARMETA, que entra y sale por la izquierda.

GAB.—(Mirando al suelo, á trechos cubierto de papeles rotos.) Bonito han puesto esto. No puedo ver tanta suciedad. (Llamando.) Carmeta.

CARMETA.—(Por la izquierda.) ¿Señorita...?

GAB.—Barre aquí. (Vase la criada.)

VICT.—El pobre papá, ¡qué malos ratos pasa!

GAB.—(Suspirando.) Ya... ¡Y que nosotras, infelices mujeres, no podamos evitarlo!

VICT.—Sí: triste cosa es nuestra insignificancia, nuestra incapacidad para todo lo que no sea las menudencias del trabajo doméstico. (Entra Carmeta con una escoba. Victoria se la quita y se pone á barrer.)

GAB.—(A Carmeta.) A Celedonia que planche primero la ropa de los niños. Las enaguas no corren prisa. (Vase Carmeta.) ¡Pero tú...! (Viendo barrer á Victoria.) Vamos, eso es jugar á los trabajitos.

VICT.—(Con gracejo.) Hija, no hay más remedio que rebajarse, ahora que vamos á ser pobres... digo, tú, que yo... ya lo soy.

GAB.—¡Ay, la desgracia me coge bien prevenida! No me asusta la pobreza. Vaya, tengo que hacer. (Dirígese á la puerta, y como atormentada de una idea, vuelve.) Dime, Victoria, ¿papá está quejoso de mí? ¿Te ha dicho algo?

VICT.—(Dejando de barrer, pero sin soltar la escoba.) No, no... ¡Pobrecito!

GAB.—Porque ya ves... Tú estás enterada. ¿No crees que hice bien...?

VICT.—Yo... ¿que si creo?... Te diré. No se debe exigir á la criatura humana ningún acto superior á su propia resistencia. Si yo te dijese: «Gabriela, échate al hombro esta casa y anda con ella,» te reirías de mí.

GAB.—Como te reirías tú si yo te lo dijera.

VICT.—Quizás no, porque si yo me encontrara en tu situación

y me hubieran dicho «levanta en vilo esta casa...» la habría levantado.

GAB.—¿Qué quieres decirme? (Amoscada.) ¡Que siempre has de hablar con figuras! ¿Luego tú... también tú, crees...?

VICT.—No te inculpo. Cada cual levanta los pesos que puede. El sacrificio, la querencia de las dificultades, el desprecio de nuestra felicidad para buscar en la desdicha una dicha mayor, ese homenaje del alma á Dios, que gusta de verla llegar hasta Él por los caminos más estrechos, no es, no, para todos los caracteres.

GAB.—Sutil estás... y orgullosa... ¿De modo que tú?... ¿vamos, crees sin duda que debí sacrificarme...?

VICT.—Yo no digo que tú lo hicieras... Claro, no podías... Te faltaba valor, desprecio de tí misma, poder de anulación.

GAB.—¡Valor, desprecio, anulación! Eso entraría en la esfera de lo sublime, querida hermana, y lo sublime no se ha hecho para esta pobre criatura casera y vulgar. Soy muy prosáica, ya lo ves. No ambiciono pasar á la historia, ni que me dediquen tres ó cuatro renglones en el Año Cristiano. (Victoria sigue barriendo sin decir nada.) ¿Quiere decir esto que me falta valor? Bueno. Quizás me sobraría para soportar las mayores desgracias, la miseria, la muerte. Para ser esposa de una bestia, reconozco que no lo tengo.

VICT.—Sí, sí... Líbrete Dios de semejante prueba... No se hable más del asunto.

CARM.—(Entrando por la izquierda.) Señorita, el pescadero. ¿Qué se toma?

GAB.—(Enjugándose una lágrima.) Voy, voy al momento... ¡Cómo me entretengo charlando! (Vanse presurosas Gabriela y la criada.)

ESCENA VI

VICTORIA; después CRUZ; al final de la escena, HUGUET.

VICT.—(Barriendo con decisión.) No cede, no. ¡Razón tenía la pobre! El sacrificio sería horrible, tremendo... superior á las fuerzas humanas. (Parándose meditabunda.) No, no, no: nada es superior á este soberano impulso del alma,

nacido de la fe, y que frente á las dificultades se encrespa, se agiganta, y las arrolla al fin, las pulveriza. (Entra Cruz.) ¡Ah! Este es sin duda... sí... ese Cruz... la bestia...

CRUZ.—(¡La monja!) (Deteniéndose cohibido.)

VICT.—Pase usted. (Sigue barriendo.) Papá saldrá pronto. (Después de observarle rápidamente.) (En efecto, amarguillo debe de ser este cáliz...) Tome usted asiento, señor Cruz.

CRUZ.—¡Ah, me conoce usted!

VICT.—De fama.

CRUZ.—Aquí la tengo muy mala, según parece.

VICT.—Regular.

CRUZ.—Pues yo... No es ésta la primera vez que veo á usted.

VICT.—(Parándose, apoyada en el palo de la escoba.) ¿A mí?... ¡Ah, en mi infancia!

CRUZ.—No, ahora.

VICT.—¿En dónde?

CRUZ.—(Siempre con sequedad.) Acostumbro madrugar. Esta mañana salí tempranito á dar mi paseo: entré en el parque por la hondonada de Paulet, y allá, en el lavadero que hay entre los tilos, estaba usted con otras mujeres.

VICT.—¡Ah! sí, lavando...

CRUZ.—Díjome Rufina que por las mañanitas suele usted ir allá, y que ayuda á lavar la ropa de los criados.

VICT.—Alguna vez.

CRUZ.—Pues sí: usted no me vió á mí. Pasé de largo... Hablando de otra cosa: seguramente usted no se acordará de aquellos tiempos.... Era muy niña.

VICT.—Sí que me acuerdo... (Con asombro infantil.) ¿Y es cierto lo que dicen?

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—Que es usted Pepet, aquel muchachote tan...

CRUZ.—Acabe: tan diabólico, tan cerril y de mala sangre, según decían.

VICT.—¿Pero de veras?... ¿es usted el mismísimo Pepet?

CRUZ.—El legítimo, el auténtico, el que tiraba del carrito en que se paseaban las dos niñas...

VICT.—¡Vamos, y que hacía usted de caballito con una propiedad...!

CRUZ.—Con tanta propiedad, que usted, una tarde, se empeñó en que había de comer cebada.

VICT.—¿De veras? ¡Ja, ja...!

CRUZ.—Y la comí.

VICT.—¡Qué cosas!

CRUZ.—No sé si se acordará de cuando usted y su hermanita, asomadas á la ventana de arriba, mientras yo abría los hoyos...

VICT.—¿Le echábamos salivitas y salivitas...? ¡Vaya si me acuerdo!

CRUZ.—Que me caían aquí. (En el pescuezo.)

VICT.—Después se fué usted á las Américas, y ha vuelto cargado de riquezas, que no le sirven más que para ofender á Dios. Porque el dinero, entiéndalo usted (En tono infantil y gracioso), es cosa muy mala, pero muy mala.

CRUZ.—Tan malo, que todos lo persiguen... para cogerlo.

VICT.—Hay gustos muy raros.

CRUZ.—Como el de usted, por ejemplo.

VICT.—¿Cuál?

CRUZ.—Si no se enoja, se lo diré.

VICT.—Diga.

CRUZ.—Eso del monjío: envolver su rostro en la desairada toca, vestirse con tan feo traje, adoptar una vida de estúpidas ñoñerías, entre beatas y frailes.

VICT.—(¡Cuánta grosería!) Sí, ese es mi gusto. ¡Qué quiere usted!... Dígame, ¿esa manera de hablar y de calificar á las personas religiosas, es constante en usted?

CRUZ.—Cuando me piden mi opinión, la doy sin floreos. Soy muy burdo, muy mazacote.

VICT.—Ya, ya se ve. (Volviendo á barrer.) (Verdaderamente, el sacrificio sería espantoso... ¡Qué facha, qué innoble lenguaje, qué bajeza de pensamientos!)

HUGUET.—(Que no pasa de la puerta de la derecha.) ¿Pero estaba usted aquí? Juan y yo le esperábamos...

CRUZ.—Me entretuvo la barrendera...

HUGUET.—Pase, pase... (Salen Cruz y Huguet por la derecha.)

ESCENA VII

VICTORIA, sola, meditabunda.

¡Qué hombre, qué trazas de inferioridad! Y en eso, ¿hay un alma? (Pausa.) Sí que la habrá, ¡y quién sabe si Dios prepara en ella algún maravilloso ejemplo de su poder infinito! (Asaltada súbitamente de una inquietud nerviosa.) Dios mío, ¿qué es esto?... Pasó la ráfaga por mi mente... He sentido el chispazo que precede á las resoluciones formidables... No, no puede ser... Soy víctima de una alucinación, sugerida por el orgullo... No, no. (Riendo.) ¿Cómo puede ser que yo...? ¡Demencia, ilusión loca de mover las montañas, de ablandar entre los dedos el bronce, de convertir los males en bienes! Ya, ya cesó. (Serenándose, se pasa la mano por la frente.) No siento ya la llamarada... ¡Vaya, qué cosas se me ocurren! ¿Y por qué había de consumar yo sacrificio tan espantoso? ¿Por devolver á mi padre la tranquilidad, la estimación, el crédito?... ¿Pero yo qué tengo que ver con el crédito, ni qué significa eso para mí, para quien lleva estas tocas, este rosario, esta cruz? (Reflexionando.) En ningún catecismo se habla del crédito... en ningún libro místico he tropezado jamás con esa palabreja. Por amor se apuran los cálices más amargos; por amor se acometen difíciles empresas, desafiando con semblante risueño la vergüenza, el dolor, la muerte misma; por amor se truecan las espinas en rosas, el miedo en confianza, las tribulaciones en alegrías inefables... Pero por el crédito... (Rehaciéndose.) Jesús mío, no permitas que mi razón se turbe.

ESCENA VIII

VICTORIA; MONCADA, que entra por la derecha muy agitado.

MONC.—¡No puedo presenciar cómo hacen leña de mí, pobre árbol caído! Allá lo arreglen solos Huguet y Cruz, el leñador impío... ¡Horrible situación, que mi flaca voluntad

no soportará! Sí, sí: me falta el valor de vivir. (Dirígese al foro con muestras de desesperación.)

VICT.—(Alarmada, deteniéndole por un brazo.) Papá.

MONC.—¿Qué?

VICT.—¿A dónde vas?

MONC.—No sé... ¡Hija de mi alma, inocente paloma, déjame... tú no puedes comprender...!

VICT.—Papá querido. (Abrazándole.) Aguarda... Ven... ¿No te he dicho que yo...?

MONC.—Ya, ya recuerdo... (Con amargura.) ¡Pidiéndoselo á Dios! ¿Has empezado?

VICT.—Sí.

MONC.—¿Y qué dice?

VICT.—Pues dice (Reflexionando) que aguardes... que aguardes tranquilo.

MONC.—¡Tranquilidad, sí... la del sepulcro! Verás qué soberana paz...

VICT.—¡Papaíto, por Dios! (Aparece Daniel por el fondo.)

ESCENA IX

Los mismos.—DANIEL.

VICT.—¡Ah, Daniel!

DANIEL.—(Tratando de disimular una viva emoción.) (Creí que su presencia no me afectaría... Animo, y apretar bien la herida para que no se abra.)

MONC.—Daniel, ¿qué bueno por aquí?

DANIEL.—¿No se acuerda? Me dijo usted que viniese á buscarle para dar un paseo.

MONC.—¡Ah! sí... ¡Qué cabeza!

VICT.—A paseo... Me parece bien. Distracción, ejercicio. (Aparte á Daniel.) No te separes de él. La desgracia, la ruína, el descrédito de su honrado nombre le trastornan, le enloquecen. Temo... Ni un momento le dejes solo.

DANIEL.—(Ofreciendo el brazo á Moncada.) Vamos, don Juan. ¿Hacia dónde?

MONC.—(Con indiferencia, dejándose llevar.) Hacia donde quieras.

ESCENA X

VICTORIA; después SOR MARÍA DEL SAGRARIO.

VICT.—Su inmenso dolor me traspasa el alma. Temo que en un rapto de desesperación... ¡Dios mío, aparta de su espíritu toda idea que no sea la de confiar ciegamente en tu infinita misericordia!... (Sintiendo nuevamente la vibración interior.) Otra vez... Otra vez la ráfaga... (Se aprieta la frente.) Esto no puede ser... ¡Oh! sí... ¿por qué no? Lo difícil no existe... es una ilusión, un fantasma creado por nuestra flaqueza... Nada hay imposible... ¿Pero tendré valor para...? (Con mucho brío.) Sí, sí... por ver sonreir á mi padre sería yo capaz de arrojarme ahora mismo en una sima tenebrosa llena de culebras y de inmundos reptiles... sería yo capaz de arrojarme... (Meditabunda y vacilante.) ¡Ah! ¿Quién puede responder de su propio valor antes de probarlo? No sé, no sé... Mi mente se enturbia, mi voluntad desfallece... Dios, Redentor mío, dame luz... Que vea yo si esta temeraria idea viene de Tí... Sí, de Tí viene. ¿Pues de quién, si no?

SOR M.—(Que entra por el foro.) Niña, adiós.

VICT.—¿Pero ya...?

SOR M.—Sí: mi enferma murió anoche. Me voy con las dos Hermanas del hospitalito de San Lázaro, que hoy regresan á Barcelona.

VICT.—(Abstraída, siéntase fatigada.) ¿Sabe usted que...? (Apoyando la frente en la palma de la mano, con muestras de desfallecimiento.)

SOR M.—¿Qué tienes? Ya... desconsuelo por verme partir: De buena gana te irías conmigo.

VICT.—¡Oh, no!... ahora no.

SOR M.—¿Estás enferma?

VICT.—No sé... Siento una inquietud, un sobresalto... Dios quiere someterme á una prueba tremenda, la más grande que es posible imaginar.

SOR M.—¡Pobrecita! ¿Y qué prueba es esa? Ya me la contarás cuando vuelvas allá.

VICT.—Dígame usted, Hermana Sagrario, ¿y si no volviera?

SOR M.—¿Qué dices?

VICT.—Hábleme con franqueza. Si yo abandonara el Socorro... y como novicia bien puedo retirarme... si yo no profesara, digo, y volviera al siglo, ¿qué pensaría usted, qué las Hermanas y la Madre?

SOR M.—¡Qué disparates se te ocurren!

VICT.—No, no haga usted caso. Es una idea, una pícara idea que me acosa. Se parece á la ambición en grado sublime; aseméjase también á la caridad. Trato de arrojarla de mí, y vuelve; se pone en acecho delante de mi alma, fascinándola con un mirar hermoso y terrible. El alma, al verse acometida de tal idea, tiembla, y al propio tiempo se llena de una luz... (Con arrobamiento.) No sé cómo expresarlo... de una luz que no es esta lucecilla que en el mundo visible nos rodea.

SOR M.—¿No estás contenta en el Socorro?

VICT.—Sí.

SOR M.—¿Te parece demasiado estrecha y trabajosa nuestra vida?

VICT.—No lo bastante. Aún puede haber otra más trabajosa, más ruda, más difícil, aunque exteriormente no lo parezca.

SOR M.—(Confusa.) No sé... no te entiendo.

VICT.—El Señor, que ve mis resoluciones, conoce la intención de ellas.

SOR M.—¿Pero qué resoluciones? Hace poco, hablando un día las dos ante aquella pobre Hermana que murió de cáncer, me decías: «Yo quiero ser mártir, pero mártir de verdad.»

VICT.—Pues ahora se me presenta la ocasión.

SOR M.—¿Ocasión de martirio?

VICT.—Sí.

SOR M.—¿Te crucifican?

VICT.—Materialmente, no. Pero un suplicio lento es más atroz, y, por tanto, más meritorio que el de clavarnos manos y pies en un madero.

SOR M.—(Asustada.) Es verdad, sí... Victoria, hija mía, Dios mora en tí... ¿Le sientes, sientes su voz en lo más hondo de tu alma?

VICT.—(Con entusiasmo.) Sí, sí.

SOR M.—Su voz, que te dice: «Toma la cruz más pesada y ven á mí con ella.»

VICT.—Sí, la siento.

SOR M.—Pues no vaciles. Acepta lo que sea más difícil, lo que te amargue y te duela más. Haz caso de mí. He vivido mucho. Soy muy vieja.

VICT.—Es usted una santa.

SOR M.—Santa no... pero he conseguido educar mi corazón en la escuela del sufrimiento... ya ves. Próxima al fin de mi vida, entro en el sepulcro sin saber lo que es un goce, una alegría mundana.

VICT.—Yo quiero, yo quiero lo mismo.

SOR M.—¡Padecer, luchar! No te digo más. Esa escuela de regeneración, á veces se encuentra en la vida trabajosa del claustro, á veces en el mundo. Busca tú, mira bien en derredor, y donde quiera que la veas, tómala sin vacilar. (Da un paso para marcharse.)

VICT.—Por Dios, quédese usted... aconséjeme.

SOR M.—Oye la voz de tu corazón.

VICT.—Pero no me abandone.

SOR M.—Hija mía, las Hermanas me esperan. Imposible detenerme más.

VICT.—(Desconsolada.) ¡Ay de mí!

SOR M.—Pero de veras... ¿no volveremos á vernos allá? (Victoria, sin poder hablar, se arroja llorando en sus brazos.) Vaya... pues acabarás por afligirme también á mí. (Lloran las dos abrazadas.)

VICT.—Adiós, adiós. (Haciendo un esfuerzo, se separan. Vase Sor María por el foro.)

ESCENA XI

VICTORIA; después HUGUET y CRUZ.

VICT.—Aquella paz, la soledad dulcísima del Socorro, la comunicación continua del alma descansada y amante con su Dios, siempre presente, ¿se acabaron ya para mí? ¿Será posible que tenga yo valor para renunciar tanta dicha, para trocarla por una lucha horrible en terreno

desconocido, por un martirio lento... que martirio ha de ser, y de los más crueles...? ¡Oh! el valor aquí está. ¿Durará en mí? ¿Lo perderé? (Meditabunda, hasta que aparecen Huguet y Cruz por la derecha.)

CRUZ.—Nada podemos hacer sin reconocer la fábrica y todo su material.

HUGUET.—Pues vámonos allá.

CRUZ.—Tampoco me ha enseñado usted el plano de los terrenos adyacentes.

HUGUET.—(Revolviendo en la mesa.) Si ayer los teníamos aquí...

VICT.—¿Un plano?... Sí... lo he visto. (Lo busca y lo encuentra.) Aquí está.

HUGUET.—(A Cruz, desdoblando el plano.) Vea usted cómo por el Sur linda con los terrenos del ferrocarril.

CRUZ.—(Examinando atentamente el plano.) Ya, ya veo.

VICT.—(Llevando aparte á Huguet.) ¿Qué tal, Facundo? ¿Es durillo el hombre?

HUGUET.—¡Tremendo!

VICT.—Dios nos favorezca y nos inspire á todos. ¿Y si yo le dijera á usted, Facundo, que esto... quizás... podría arreglarse todavía?...

HUGUET.—(Vivamente.) ¿Acaso tu hermana...? ¿Has intentado convencerla?

VICT.—No... digo, sí; pero... Hágame usted un favor. He hablado con Gabriela, y ahora necesito decir dos palabras á este hombre... Déjeme usted sola con la fiera un ratito nada más.

HUGUET.—Sí, sí, muy bien. (Muy contento.) Quédate aquí con él...

VICT.—¡Ah! otra cosa... Deme usted ese papel.

HUGUET.—¿Qué papel?

VICT.—Ese que el monstruo escribió diciendo lo que haría en caso de...

HUGUET.—¡Ah! sí... toma.

VICT.—Y ahora... (Indicándole que se vaya.)

HUGUET.—Amigo Cruz, vuelvo en seguida. Ahora recuerdo que en casa de Jordana me dejé la titulación de los terrenos adquiridos últimamente. No sería malo cotejar los límites... Aguárdeme usted aquí.

CRUZ.—(Sin levantar la vista del plano.) Bueno.

ESCENA XII

VICTORIA, CRUZ.

CRUZ.—(Sentado junto á la mesa, examinando el plano, sin reparar en la presencia de Victoria, que atentamente le observa desde el otro lado del proscenio.) (¡Qué terreno tan irregular! ¡No veo manera de emplazar por el Sur la barriada!)

VICT.—(Por más que miro y rebusco en ese tosco semblante, no encuentro más que la expresión del egoísmo, de la insaciable codicia... (Con desaliento.) ¡Ni siquiera un rasgo de alegría, de ese humor fácil y ameno, tras el cual suele esconderse la bondad!)

CRUZ.—(No me ablandarán, no... No tengo yo mi dinero para dedicarlo á la beneficencia. La ley de renovación debe cumplirse. El náufrago, que se ahogue; el enfermo, que se muera, y el árbol perdido sea para los que necesitan leña. Mereceré mi propio desprecio si dejo nacer en mí esa polilla de la voluntad que llamamos lástima.)

VICT.— (Avanzando hacia la mesa.) Dispénseme usted, señor Cruz, si le interrumpo en los cálculos para rematar á mi pobre padre.

CRUZ.—(Con sorpresa y frialdad.) ¡Ah! la beatita.

VICT.—Es usted un tirano, y Dios le castigará.

CRUZ.—¡Castigarme... á mí! ¿Tengo yo la culpa del hundimiento del señor Moncada?

VICT.—Pero usted debe ayudarle, recordándo que en su niñez comió el pan de esta casa. ¿No le sobra á usted el dinero? ¿Pues de qué le sirve si no le proporciona el placer, el lujo de ser generoso?

CRUZ.—Soy humilde. No gasto esos lujos... tan caros... En fin, señorita, ó Sor Victoria, si usted me lo permite, seguiré... (Volviendo á mirar el plano, y tomando la pluma para hacer una cuenta.)

VICT.—Ya que no pueda usted ser generoso, sea siquiera fino, y óigame...

CRUZ.—Ya escucho.

VICT.—Traficante de la peor especie, si hoy quiere usted de-

vorar los restos de la fortuna de mi padre, anteayer se dispuso á salvarle. Pero pedía por su servicio una cosa que no se le puede dar: pedía á mi hermana, y no se cotizan aquí, como si fueran pacas de algodón, las criaturas humanas.

CRUZ.—Yo no propuse tal compra: fué que...

VICT.—Sé bien lo que pasó... Pero hay algo aquí que no entiendo, y usted me lo va á explicar, señor Pepet... (Corrigiéndose.) ¡Ah! dispénseme: sin querer le he dado aquel nombre familiar.

CRUZ.—Llámeme usted Pepet. Soy muy llanote. Me gusta verme tratado aquí con la mayor confianza.

VICT.—Pues, Pepet, dígame: ¿por qué siendo usted tan rico, y habiendo en el mundo tantas mujeres guapas y de mérito, se le ha metido en la cabeza que ha de ser mi hermana y nadie más que mi hermana la que...? ¡Como si Gabriela valiera más que otras! ¿Qué significa esa elección exclusiva? Tijeretas han de ser. «O no me caso, ó me caso con una Moncada.»

CRUZ.—¿De veras no lo entiende? Usted parece lista, y á poco que se fije comprenderá que los que nos elevamos rápidamente por nuestro propio esfuerzo, ó ayudados de una loca fortuna, gustamos de enlazar el pasado con el presente, y de emparejarnos con los que ya eran poderosos cuando nosotros éramos humildes. Poseer aquello mismo que antes estuvo tan por encima de mí, ¡qué mayor gloria! Teníame yo por polvo miserable, cuando las niñas de Moncada me parecían estrellas, no menos bonitas que las que alumbran el cielo. Pues bien: de aquella miseria ha salido un hombre que cree ya poder alargar su mano y coger lo que antes le parecía... algo así como las muñecas de los ángeles... Porque eso son ustedes... muñecas.

VICT.—Gracias.

CRUZ.—Y yo, hombre rudo, endurecido en las luchas con la Naturaleza; yo que fuí y quiero seguir siendo pueblo, deseo que el pueblo se confunda con el señorío, porque así se hacen las revoluciones... sin revolución... quiero decir...

VICT.—Ya, ya voy entendiendo.

CRUZ.—Mi ambición no se colma, no se siente satisfecha y redondeada, sino...

VICT.—Ya, ya... sino enlazándose con la familia misma que...

CRUZ.—Que me vió tan chiquitito, siendo ella tan grande.

VICT.—Y ahora el grande es usted, y nosotros... como despreciables gusanitos de la tierra. Bueno. (Con viveza.) Pues ahora, Pepet... dígame usted (Con misterio): ¿y si yo pudiera conseguir...?

CRUZ.—(Con vivo interés.) ¿Qué?

VICT.—Eso que usted tanto desea.

CRUZ.—(Levantándose lentamente.) ¡Cómo!... ¿qué dice?

VICT.—Si yo lograra vencer...

CRUZ.—¿La terquedad de su hermana? (Acercándose á Victoria.)

VICT.—No se entusiasme tan pronto. Considere que la víctima, esto es, mi hermana, se casaría con usted sin quererle... ¡Sacrificio inmenso!

CRUZ.—El verdadero amor, el sólido y durable, nace del trato. Lo demás es invención de los poetas, de los músicos y demás gente holgazana.

VICT.—Un matrimonio de pura conveniencia, como un contrato de arrendamiento, debe de ser cosa muy triste... (Levantándose agitada.) El sacrificio será colosal, desproporcionado. (¡Jesús mío, ilumíname! ¿Voy contigo ó contra Tí?)

CRUZ.—¡Sacrificio! Eso no puede decirse sin probarlo.

VICT.—¡Pero qué prueba más espantosa!... (Mi espíritu flaquea... siento alternativas de valor heróico y de horrible desfallecimiento.)

CRUZ.—En fin, despachemos, y sepa yo á qué atenerme. ¿Qué debo hacer?

VICT.—El sacrificio de la señorita de Moncada es horrible, porque abandona el amor de toda su vida por unirse á un hombre extravagante, brutal y repulsivo... Por esto la esclava, antes de venderse, debe regatear su precio. Necesitamos fijar ciertas estipulaciones.

CRUZ.—Muy bien. Estipulemos. (Siéntase Victoria en la silla baja, en el centro de la escena. Cruz en pie.)

VICT.—Vamos por partes. ¿Se compromete el señor Pepet á restaurar la casa y crédito de Moncada en las condicio-

nes propuestas de su puño y letra en este papelito? (Le da la carta que recibió de Huguet.)

CRUZ.—(Leyendo.) A ver: veámoslo despacio.

VICT.—(Firme ya en mi resolución, segura de que de Dios me ha venido esta idea, nada temo: ni á Satanás con sus malicias traidoras, ni al mundo con sus sátiras acerbas.)

CRUZ.—Eso y mucho más haré. (Devolviendo la carta.) Mi palabra vale tanto como el Evangelio.

VICT.—No profane usted el Evangelio comparándolo con su palabra.

CRUZ.—Si mi palabra es sagrada, y por tal la tienen cuantos me conocen, ¿qué mal hay en que yo lo diga?

VICT.—Adelante. Usted no tiene religión, ¿verdad?

CRUZ.—Como no soy hipócrita ni sé mentir, declaro que, en efecto, lo que ustedes llaman fe no existe en mí.

VICT.—Ya me lo dirá usted luego... Pues bien: la que va á ser su esclava le pone por condición imprescindible que ha de cumplir los preceptos elementales de la única religión verdadera.

CRUZ.—(Alzando los hombros.) Bueno... concedido... Me comprometo á eso de las prácticas.

VICT.—A su tiempo vendrá lo demás. Ha de prometer acoger y criar y educar decorosamente á mis seis sobrinitos.

CRUZ.—¿Los huérfanos de Rafael? Concedido.

VICT.—Bien... Y, por último, señor Pepet... Se estipula formal y solemnemente que si surgiere entre su mujer y usted, por cualquier motivo, una desavenencia grave, la esposa se retirará de la casa matrimonial y volverá al lado de su padre, sin que usted oponga resistencia.

CRUZ.—Eso ya es más delicado... pero no hay inconveniente en fijar esa condición... ¿Qué me importa, si tengo la seguridad de que, suceda lo que quiera, mi mujer no ha de separarse de mí?...

VICT.—¿Por qué?

CRUZ.—Porque mi mujer no se hallará sin mí.

VICT.—¿Usted qué sabe?

CRUZ.—Lo sé.

VICT.—(¡Cuán necio orgullo en su barbarie!) Bueno, Pepet: pues fijadas las estipulaciones... (Temerosa de explicarse.)

(¡Ay de mí, ahora falta lo peor!... ¿Cómo le digo...? Es tan torpe, que no ha comprendido...)

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—Pues ahora... falta... (Turbada) falta...

CRUZ.—Falta que la misma Gabriela me diga...

VICT.—¡Ah! Sí, lo dirá. (Con una idea feliz.) ¡Ah!... Pues yo... al arreglar esto, he tenido en cuenta muchas cosas. Dando á usted la señorita de Moncada, satisfago y colmo su ambición. Por un lado llevo la felicidad, por otro la desgracia... Al pobre Jaime le quito su novia... Ya ve usted... ¡tan buen chico!...

CRUZ.—Que busque otra... Para lo que él vale...

VICT.—No diga usted desatinos. Pues he pensado, á cambio de la esposa que le quito, ofrecerle otra.

CRUZ.—¡Otra!

VICT.—Sí... ¿No lo entiende? Pienso proponerle... (Con dificultad de expresión, como no encontrando la frase apropiada.) Proponerle... ¿lo digo? vamos... que abandonaré la vida religiosa, volveré al siglo...

CRUZ.—¿Para casarse con él?...

VICT.—Justo.

CRUZ.—¡Qué lástima! (Con viveza.) ¡Usted volver al mundo, quitarse esa ropa... y casarse con ese...!

VICT.—Lo haré, sí, por amor de mi padre.

CRUZ.—(Confuso.) (¿Qué mujer es ésta? ¿Se burla de mí?)

VICT.—(Con secreto terror.) (¡Qué angustia siento! No me entiende... Tendré que decírselo claro... Y si... (Atormentada por una sospecha.) No quiero pensarlo. La vergüenza abrasa mi rostro... Si se lo digo, y después de este horrible ofrecimiento me rechaza... ¡si no le gusto...! Virgen Santa, Madre amantísima, dame valor... y en este instante decisivo de mi sacrificio, no permitas que la fiera me desprecie.)

CRUZ.—(¿Qué misterio encubren las palabras, la actitud de esta mujer?)

VICT.—(Con gran esfuerzo interior, y ahogando la vergüenza y el miedo.) (Hay que llegar al fin... ¡Jesús mío, por amor de Tí y de mi padre!) (Quítase la toca, y aparece la cabeza desnuda. El cabello desceñido le cae hasta los hombros.)

CRUZ.—Se quita la toca... (Deslumbrado.) ¡Ah!

VICT.—(Violentándose para aparecer en completa calma.) Dígame, Pepet, ¿cree usted que si propongo á Jaime que me tome á mí por mi hermana... aceptará?

CRUZ.—(Turbado.) ¡Oh! Yo creo... (Con viveza.) Sí, sí. En su lugar, yo no vacilaría... Pero lo más derecho, y así no habrá ningún agravio, es que si usted vuelve al mundo, se case conmigo.

VICT.—Sí, bárbaro. La que se te ofrece en esclavitud para aplacarte, no es mi pobre hermana, soy yo. (El llanto la ahoga, y oculta el rostro entre las manos, sollozando.)

CRUZ.—(Fascinado.) ¡Victoria! ¿Pero es verdad? ¿Es cierto que...? Repítalo. Me parece mentira.

ESCENA XIII

Los mismos.—MONCADA, DANIEL, por el foro; GABRIELA, EULALIA, por la izquierda.

CRUZ.—Repítalo usted para que se enteren. No lo creerán si lo digo yo.

MONC.—¿Qué?

CRUZ.—Que la loca de la casa vuelve á la razón, y se casa con Pepet. (Estupefacción en todos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en la fábrica de Santa Madrona.—En el fondo un hueco, de donde parte un pasadizo largo y estrecho que conduce á los talleres.—A la izquierda, dos puertas, por donde se pasa á las habitaciones particulares del director del establecimiento.—A la derecha, paramento ó mirador de cristales, en cuyo último tramo (hacia el ángulo del fondo) desemboca la escalera de madera, por donde se sube desde el campo.—Por dicha escalera entran todos los que no habitan en la casa.—En las paredes del fondo, muestras de cerámica ordinaria en estantes, y un armario con cuerdas y herramientas.—Mesa y sillas ordinarias.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

HUGUET, JORDANA, que entran por la escalera.—LLUCH, portero anciano.

LLUCH.—¿El amo?... En la fábrica, reconociendo los hornos apagados.

HUGUET.—¿Quién estaba aquí con él hace un momento?

LLUCH.—El prior de los Franciscanos.

JORD.—(Vivamente.) ¿No lo dije?... Me figuro la escena, que debió de ser breve, terminada con la salida del fraile poco menos que de cabeza.

LLUCH.—Sí, señor: el amo le echó á cajas destempladas.

HUGUET.—¿Pero qué...? ¡Ah! la cuestión de los terrenos...

JORD.—Justo. Esos benditos creen tener derecho, y lo tienen, me consta, á las doce hectáreas que separan la fábrica de la huerta del convento.

HUGUET.—Moncada pensaba darles posesión de ellas.

JORD.—¡Y esperan que éste...! ¡Pobres cogullas!... (Soltando la risa.)

LLUCH.—¿Quieren que le avise?

HUGUET.—No: esperaremos á que salga. (Se sienta. Vase Lluch.) Pues aquí me he refugiado. amigo Jordana, huyendo de la pobrecita Marquesa, que no me deja á sol ni sombra.

JORD.—Ya... Pretende que este caribe le prorrogue el préstamo hipotecario... ¡A buena parte viene!

HUGUET.—(Intranquilo.) Pues no crea usted... Temo que me siga hasta aquí.

JORD.—(Acercándose al mirador.) No: va en retirada. A quien veo es á Daniel, el aburrido y solitario paseante.

HUGUET.—Sí: aguardando á los niños para acompañarles á paseo. Jamás entra aquí.

JORD.—(Volviendo al proscenio.) ¿Y es cierto que profesa en la Orden Tercera?

HUGUET.—Eso dicen. Lo sentiré por la Marquesa, que bien necesita hoy del trabajo de sus hijos... ¡Infeliz señora! Bebe los vientos por salvar su finquita del Clot, y á todos nos trae locos... «Háblele usted... interceda, por Dios, con el tirano...»

JORD.—Más fácil es convertir en almohada de plumas una rueda de molino que ablandar el corazón de este hombre. Dígamelo usted á mí, que me he pasado seis meses colmándole de finezas, tocando los registros de persuasión, hasta el de la baja lisonja, con la esperanza de que nos concluya nuestro santo hospital... y nada, querido Facundo, no ha sido hombre para decir: «Jordana, ahí tiene usted diez mil duros, quince mil duros, para que el pueblo se acuerde de mí.»

HUGUET.—Aparte de eso, seamos justos y reconozcamos en este hombre una capacidad administrativa de primer orden.

JORD.—Lo reconozco. El infierno está empedrado de capacidades administrativas.

HUGUET.—En fin, á mí me da el corazón que de esta hecha saca usted alguna tajadita.

JORD.—¡Ah! ¡Pues si me resultara la que le tengo armada!

HUGUET.—¿Qué?

JORD.—Pasado mañana celebro en mi hospital una gran fiesta,

entre religiosa y mundana, con su poquito de gori-gori, su poquito de recepción...

HUGUET.—¿Y baile?

JORD.—Hombre, no: baile, no; pero habrá *lunch*. En fin, conviene combinar lo espiritual con lo profano. Agua bendita por un lado; por otro algo de *champagne*. Ya sabe usted que bautizamos á mi último hijo.

HUGUET.—Qué número alcanza?

JORD.—Es el décimosexto en la serie de los nacidos.

HUGUET.—Hombre, es usted único para poblar el mundo. De usted se dirá como de don Juan de Robles: «Fundó hospitales, erigió suntuosos asilos... y primero hizo la humanidad.»

JORD.—Eso es... Pues bien: gran fiesta. El prior de los Franciscanos administrará el Sacramento. Victoria será la madrina. Naturalmente, Cruz irá. He invitado á todo el señorío de Santa Madrona: enseñaré las dependencias del edificio, las grandes mejoras que allí se han ido realizando...

HUGUET.—(Con sorna.) ¿Y espera usted que Cruz se enternezca?

JORD.—Como que pronunciaré un discurso, en el cual pienso llamarle la primera figura histórico-social de Santa Madrona, el hombre designado por la Providencia para...

HUGUET.—¡Pero qué inocente es usted!

JORD.—Y una Comisión de señoras le pedirá que continúe las obras. Y las niñas entonarán un himno, en que digan...

HUGUET.—(Riendo.) Calle usted. ¡Valiente caso hace éste de coros infantiles y de damas pedigüeñas! Nada, Jordana: lo mejor es...

JORD.—Aquí viene.

ESCENA II

Los mismos.—CRUZ, que viene de los talleres por el pasadizo del fondo.

CRUZ.—Señores...

JORD.—(Saludando con servilismo.) Amigo Cruz, celebro que no haya novedad en esa preciosa salud.

CRUZ.—Igualmente.

JORD.—No olvide usted que pasado mañana le secuestro.

CRUZ.—Iré un rato, si puedo. En todo caso, Victoria me representará.

JORD.—No, no. Usted tiene que ir... ¡Pues no faltaba más! Allí reuniré la flor y nata de Santa Madrona. No olvide usted que el pueblo que represento tiene los ojos fijos en su ilustre hijo, la más grande capacidad industrial y administrativa que nos ha dado Cataluña en lo que va de siglo.

CRUZ.—Quieto el incensario. Pero si la primer capacidad industrial es usted... ¡Un hombre que da un producto bruto de diez y seis hijos en catorce años!

JORD.—Y muy guapos. Gracias á Dios, me viven doce. Vamos, señor de Cruz, confiese usted que me tiene envidia.

CRUZ.—Sí que la tengo... Quisiera yo...

JORD.—No se apure... que ya vendrán...

CRUZ.—Dispénseme un momento. (Queriendo hablar á solas con Huguet.)

JORD.—(Apartándose.) Sí, sí: traten ustedes de negocios. A ganar dinero. Por ahí, por ahí se empieza... y luego á acuñar la generación que ha de gastarlo...

HUGUET.—(Aparte á Cruz.) Dos telegramas para usted y una carta. (Entrégale estos objetos y aguarda un instante á que los examine rápidamente.) Hoy he comprado, como usted me dijo, á 87,50.

CRUZ.—(Guardando los telegramas y cartas.) Bien: mañana siga usted comprando. Puede llegar hasta 75.

HUGUET.—Corriente... ¿Qué más? (Saca un librito de apuntes.) ¡Ah! Pons Hermanos quieren que les descuente usted pagarés á noventa días, por pesetas cien mil y pico.

CRUZ.—Con la garantía de Foxá, no hay inconveniente.

HUGUET.—(Disponiéndose á apuntar con su lápiz.) ¿Qué descuento?

CRUZ.—A razón de veinte por ciento al año... Pues tres meses... (Calculando.)

HUGUET.—Les parecerá mucho.

CRUZ.—Pues que lo dejen.

HUGUET.—(Volviendo á consultar el librito.) Bueno; y por último... ¿por cuánto se suscribe usted para las víctimas...?

CRUZ.—(Con gran extrañeza.) ¡Víctimas...! ¡suscripción...! ¡yo...!

HUGUET.—Ya sabe usted... El horroroso incendio que ha dejado en la miseria á tantas familias... Todo el comercio y la banca de Barcelona contribuyen...

CRUZ.—¡Tontería! Aquí no hay más víctima que yo. Soy mi propia víctima... y ya me he socorrido.

HUGUET.—(Guardando el libro.) Pues nada más... ¿No me manda usted otra cosa?

CRUZ.—Nada más. (Recordando.) ¡Ah! ¿quiere usted llevarse ese pico?

HUGUET.—¿Lo del carbón? Es mejor que se lo dé usted á mi primo Silvestre Ríus. Es cosa de él.

CRUZ.—Pues dígale que venga á cobrar esta tarde. Dejaré puesto el talón.

HUGUET.—Bien.

CRUZ.—(A Jordana.) Perdóneme. Tengo mucho que hacer hoy.

JORD.—No me iré sin hablar con Victoria, para ponernos de acuerdo en ciertos detalles...

CRUZ.—Mal día es hoy.

JORD.—¿Por qué?

CRUZ.—Como hoy han vuelto Gabriela y Jaime de su viaje de novios, no me parece oportuno... En fin, señores, tengo mucha prisa. (Vase por la izquierda, segundo término.)

ESCENA III

VICTORIA, GABRIELA, por la izquierda, primer término.

GAB.—¿Y los nenes?

VICT.—No tardarán en venir por acá. (Asomándose por la derecha.)

GAB.—¿Siguen en casa?

VICT.—Sí: me los traen acá dos veces al día.

GAB.—¡Qué ganas tengo de comérmelos á besos!... Con que cuéntame. (Sentándose las dos en el proscenio.) ¿Sigue tan pesadita la cruz de tu Cruz?

VICT.—¡Ay, sí! Cuando me casé... cuando me crucifiqué, como tú dices, acepté esta vida de lucha, y en justicia no debo quejarme de ella.

GAB.—La verdad... todos esperaban de tí mayor influencia sobre tu tirano... que le modificaras poquito á poco.

VICT.—¡Modificar! (Con tristeza.) ¡Ah, lo intento! ¡Empresa magna! Figúrate que te propones abrir un túnel de ferrocarril con la punta de una aguja... Cierto que cumple con la Iglesia, por compromiso que contrajo conmigo... por fórmula, sin fe... como se cumplen las reglas de policía urbana; es decir, que Dios viene á tener para él una significación semejante á la del Ayuntamiento.

GAB.—¡Qué hombre!... ¿Acaso te trata mal?

VICT.—Eso no: conmigo es afectuoso... á su manera... No deja de serlo sino cuando se interpone el maldito interés.

GAB.—¿Y tú...?

VICT.—¿Yo... qué?

GAB.—¿Le quieres?...

VICT.—Te diré... ¡Sobre eso hay tanto que hablar! No me sería fácil explicártelo. Mi conciencia ha pasado por tremendas luchas y desfallecimientos horribles. Al principio, asustóme la aversión terrible que me inspiraba. Mi alma perdió toda serenidad; creí que el demonio me había cogido en sus garras feroces, y que lo que yo miraba como acto heróico era una tremenda caída... Después, mis sentimientos han ido variando poquito á poco.

GAB.—¿Y ya no te inspira aversión?

VICT.—Ninguna... Algo así como lástima piadosa... Le miro casi como á un niño.

GAB.—¡Vaya un bebé!

VICT.—Y, la verdad, no me gusta que le pase nada malo.

GAB.—Vamos, que le vas queriendo... Pues, hija, ahí tienes el milagro: sólo que en vez de realizarse en él, se va realizando en tí. ¿Y puedes mirarle cara á cara?

VICT.—Me voy acostumbrando.

GAB.—¿Y soportas su tosquedad, su falta de delicadeza?

VICT.—Por grados á todo se llega... figúrate... Procediendo gradualmente, puede una usar, como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.

GAB.—(Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

ESCENA IV

Los mismos.—Cruz, que entra por la izquierda en mangas de camisa, con una blusa azul en la mano, mostrando un rasgón en la manga.

Cruz.—Mira, mira cómo está mi blusa... Hola, Gabrielita... ¿Ya de vuelta?

Gab.—(Con desabrimiento que no puede vencer.) Sí... ¿Y qué tal?

Cruz.—(A Victoria.) Dame la otra.

Vict.—Si no se ha lavado.

Cruz.—No importa.

Vict.—Espera un poquito. (Sale por la izquierda.)

Cruz.—¿Y Jaime?... ¿qué tal? ¿Gana dinero?

Gab.—No tanto como usted... pero viviremos... (¡Qué vil! No piensa más que en los miserables cuartos.)

Cruz.—(Abriendo el armario de las herramientas y cogiendo de él algunas.) Sí: hay que ganarlo, perseguirlo, ahondar en las entrañas de la tierra ó en las de la sociedad... Y una vez encontrado el rico metal, es preciso cogerlo antes que lo descubran otros... y después guardarlo con prontitud, rodeándolo de hábiles defensas para que no se escape... (Saca un hacha, y al volver al proscenio con ella, Gabriela lanza un chillido.) Qué, ¿se asusta usted?

Gab.—Sí... No sé lo que me parece... con el hacha.

Cruz.—Tengo que reconocer el tejado de la fábrica, y de nadie me fío.

Vict.—Aquí está. (Dándole la blusa.)

Cruz.—Venga. (Se la pone.) Sospecho que hay comunicación entre las vigas del faldón del tejado y la chimenea de las muflas... (Por Gabriela.) Esta se asusta... No sabe que soy el primero de mis obreros... ¡La costumbre de no tratar más que señoritos... ilustrados!

Gab.—(¡Qué horror de hombre!)

Cruz.—(Recordando.) ¡Ah!... antes tengo que hacer otra cosa. (Deja el hacha arrimada á una silla, y se va por la izquierda.)

ESCENA V

VICTORIA, GABRIELA.

GAB.—(Cruzando las manos.) ¡Hermana querida, no puedo expresar cuánto te compadezco!... ¡Vivir con un marido así! ¡Qué mérito tan grande! ¡Gracias que los sobrinillos alegran un poco tu tristísima vida!

VICT.—Sí, son mi consuelo.

GAB.—Te distraen.

VICT.—Me distraigo con ellos, y además con otra cosa.

GAB.—¿Con qué?

VICT.—Te vas á reir...

GAB.—(Con mucha curiosidad.) Dímelo.

VICT.—Pues me distraigo... con la administración. Cosa rara, ¿verdad?

GAB.—(Comprendiendo.) Ya.

VICT.—Llevo toda la contabilidad menuda de los talleres y de la casa. Me ha impuesto esta obligación, y la cumplo sin gran esfuerzo.

GAB.—Hermana querida, déjame, déjame que te compadezca más y que te admire. Tu vida es más árida y penosa que la de los anacoretas y padres del yermo.

VICT.—No tanto... Si vieras... La pícara administración tiene sus encantos. Mi rosario y los números son mi entretenimiento. Pasando cuentas, se me van las horas, y á la imaginación, la gran vagabunda, sólo le queda libre un caminito: el del espacio donde se ven flotar las cosas divinas.

GAB.—¡Ay, Dios mío! Tú no tienes la cabeza buena. O eres una santa, ó no sé qué eres. Con tal vida, y al lado de ese adefesio de hombre, yo no duraba dos semanas... ¡Ah, se me olvidaba lo principal! La pobre Marquesa...

VICT.—¡Ah!... no me digas... ¡Qué pena!

GAB.—¿Pero es posible que tú...?

VICT.—Le he dicho cuanto hay que decir... todo inútil. ¡Hombre extraño! Su exactitud á toda prueba tiene ese horri-

ble contrapeso: la inflexibilidad con el infeliz que no puede cumplir. Ni á su padre perdonaría, ni á mí misma, que soy la persona que más quiere en el mundo, cuanto más á tu suegra.

GAB.—Ya sé que nos aborrece, como aborrece á todo el género humano. Es muy triste que tú, su mujer, no puedas... (Recriminándola.) No, no eres su esposa: eres su esclava. Acabará por echarte una cuerda al cuello y amarrarte al pupitre de esa administración inicua y embrutecedora; acabará por cruzarte la cara. (Levantándose.) No puedo, no puedo presenciar tu desdicha.

VICT.—(Sintiéndole venir.) Calla.

ESCENA VI

Los mismos.—CRUZ, que entra vestido de blusa y con botas de agua.

CRUZ.—(A Victoria.) Mira, este talón se lo das á Silvestre Ríus, el primo de Huguet, que vendrá por él esta tarde.

VICT.—(Toma el talón y lo mira.) (Cincuenta y nueve mil...) (Lo guarda en el bolsillo de su delantal.)

CRUZ.—Es lo del carbón. Anótalo en el Debe de la fábrica...

VICT.—Bien. ¿Vienes pronto á comer?

CRUZ.—No sé el tiempo que me entretendré por ahí arriba. Si tardo, me mandas la comida en la fiambrera.

VICT.—Pero, hombre...

CRUZ.—Lo primero es lo primero. (Coge el hacha y un lío de cuerdas, y vase por el fondo.)

ESCENA VII

VICTORIA, GABRIELA.

VICT.—(Después de una pausa, en que está profundamente abstraída.) ¡Ah... la siento... sí!

GAB.—(Asustada.) ¿Qué?

VICT.—(Con cierto desvarío.) ¡La ráfaga... eso que me da... lo

que llamo la inspiración, el impulso misterioso, no, divino, de mis resoluciones!... Como siempre me salen bien, creo y afirmo que vienen de Dios.

GAB.—No te entiendo.

VICT.—Hablaré un lenguaje claro, tan claro, que... (Saca el talón y se lo da.) Toma.

GAB.—(Sin resolverse á tomarlo.) ¡Victoria...!

VICT.—(Rápidamente.) Sí: la loca, la visionaria, como dice tu marido, siente otra vez el chispazo que la despierta, la sacude, la ilumina, lanzando su voluntad á los actos audaces y decisivos. Dale esto á Florentina. Añadiéndolo á lo que ha reunido, tiene lo bastante para evitar la dentellada del tigre.

GAB.—(Asustada.) Pero...

VICT.—No me des razones... La lógica y el sentido común desaparecen en mí. No queda más que esta vibración honda del alma...

GAB.—¿Y no temes...?

VICT.—No temo nada. Por grande que sea su barbarie, más grande es mi valor. No vaciles en tomarlo... Llévaselo corriendo á Florentina.

GAB.—¡Ay, no sé qué temor me sobrecoge!... (Decidiéndose al fin á tomarlo.) En fin... Pues tú lo quieres... Mamá quedó en venir. (Se asoma á los cristales de la derecha.) ¡Ah! los chiquillos. (Con alegría.) ¿Es Daniel quien viene con ellos?

VICT.—(Asomándose también.) Sí: suele acompañarles al campo. Verás cómo se despide en la puerta. Jamás entra aquí.

GAB.—¡Pero qué mona está Mercedes! (Mirando y saludando con el pañuelo.) ¡Y Aurorilla, qué espigada!... Ya me han visto. Mira cómo corren.

VICT.—Ahora les doy de merendar y se vuelven allá.

GAB.—¿Suben por aquí?

VICT.—No: entran en el comedor por la galería baja.

GAB.—(Impaciente.) Pues vamos allá.

VICT.—Sí; pero no olvides eso.

GAB.—¡Ah!... sí... el talón... Voy...

VICT.—(Mirando otra vez.) Ahí tienes á Daniel... Pero ya se va... Mira.

GAB.—Daniel, sí. ¿Qué mejor mensajero?...

VICT.—Llámale.

GAB.—Daniel, Daniel... (Señalando afuera.) Ya vuelve la cara... Ya me ha visto... (Llamándole.) Ven, sube.

VICT.—Allá te espero. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

GABRIELA, DANIEL.

DANIEL.—(Desde la escalera, como sin atreverse á entrar.) ¿Qué me quieres?

GAB.—Corre; dale, dale á tu mamá esto. (Pone el talón en un tarjetero ó carterita, sujeta en un elástico, y se lo entrega.)

DANIEL.—¿Y qué es esto?

GAB.—No preguntes, y ya estás andando... Verás qué contenta se pone la pobre.

DANIEL.—(Receloso.) ¿Victoria... Victoria te lo ha dado?

GAB.—Sí.

DANIEL.—Quizás sin consentimiento de su marido...

GAB.—Eso no es cuenta tuya... Anda.

DANIEL.—Está bien.

GAB.—No te entretengas... Me voy á ver á mis sobrinillos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

DANIEL; después LLUCH.

DANIEL.—¡Y mi madre acepta esto! ¡Qué locura! Buscando ciegamente su salvación, llama á la puerta misma del enemigo, de ese monstruo, encarnación de Satanás maldito. (Con desaliento. Pausa. Recorre la habitación inquietísimo.) No sé qué tufo del infierno se respira en este caserón, guarida de la fiera rapaz y sanguinaria... No sé cómo Victoria... (Asaltado de una idea penosa.) ¡Ah! mujer enigmática, esfinge en cuyos ojos no puedo leer, porque ni miras siquiera... Tu incomprensible matrimonio perturbó mi alma... Quiero entenderlo, y...

¡Más fácil es desentrañar los misterios del dogma! Cambiaste la humilde vestidura del Socorro por las galas de boda... ¡Dicen que padeces horriblemente, que eres mártir...! (Con sarcasmo.) ¡Mártir! Las santas gloriosas que en otro tiempo regaron con su sangre el árbol de la fe, cuando anhelaban el martirio pedían á Dios que les deparase un verdugo: jamás le pidieron un marido... (Confuso.) No sé, no sé qué mujer es ésta; y cuando quiero tenerla por sublime, se ofrece á mis ojos como la más vulgar de las criaturas. (Meditando.) ¡Quién sabe...! Sí... sí... lo que digo: se dejó contaminar del mal de la época, del infame positivismo... ¡Oh! esta idea remueve en mí sedimentos que creí estancados, inertes, en el fondo de mi sér... (Pausa.) Dinero del rico avariento, del que no ama, del que no compadece, del que impasible ve rodar ante sí la miseria y el dolor; materia vil, instrumento de iniquidades, no me quemarás mucho tiempo las manos... Se lo devuelvo para que vea que si ella vende su conciencia, nosotros no... No podemos... (Mirando por la izquierda.) Quisiera verla para darle esta tremenda lección... No me atrevo á penetrar allá...

LLUCH.—(Entrando presuroso por el fondo.) ¡El amo...!

DANIEL.—¡Que no me vea el maldito!... Salgamos. (Vase apresuradamente. Antes que desaparezca, entra Cruz por el fondo y le ve bajando la escalera.)

ESCENA X

CRUZ, con el hacha en la mano, el rostro tiznado y encendido; LLUCH, que se va por la escalera y vuelve poco después.

CRUZ.—Antes salió la madre, y ahora el hijo... como huyendo de mí... (Deja el hacha sobre la mesa.) Ella es una intrigante, y él un redomado hipócrita. (Comprendiendo.) Sin duda, aprovechando mi ausencia, quieren explotar la fácil compasión de mi mujer. (Vivamente.) Sí: ya lo veo

claro... Vividores, trápalas, generación mendicante y petardista... ¿Pero mi mujer estaba aquí con ellos? No la ví... (Entra Lluch.) Lluch, la señora, ¿dónde está?

LLUCH.—En el comedor, con la señorita Gabriela y los niños.

CRUZ.—Dile que venga. (Vase Lluch por la izquierda.) Endiablada sospecha me muerde el corazón... ¿Sería capaz Victoria de...? ¡Espantosa idea! Nada: quiero confirmarla ó desecharla al instante. (Aparece Lluch por la izquierda, y se dirige á la escalera.) Oye, tú... (Acércase Lluch.) ¿Viste salir á esos...?

LLUCH.—Sí, señor. La madre iba llorando... disputaban. Luego se separaron... Siguió la señora en dirección á la torre, y el hijo se ha quedado ahí, y se pasea por la alameda, detrás de las cajas vacías de silicato, como aguardando una ocasión de volver.

CRUZ.—Estate por ahí, fingiendo ocuparte en cualquier cosa, y vigílale con disimulo. No te alejes por si te llamo.

LLUCH.—Bien, señor. (Vase Lluch.)

ESCENA XI

CRUZ, VICTORIA.

CRUZ.—La traidora sospecha se agarra á mí, me pica, me taladra, como un insecto que quiere labrar su casa dentro de mí... y me va comiendo y horadando... y horadándome y comiendo. (Inquieto y con fiereza.) Siento en mí la crueldad de mis tiempos de lucha... Bien venida sea. Así me gusto más, porque me reconozco en mi sér efectivo. Me pesa, sí, me pesa haberme dejado inclinar á ciertas blanduras de carácter... ¡Si es lo que digo! Donde quiera que entra una hembra, sobre todo si es mestiza de ángel y mujer, se trastorna la armonía humana, desaparece la estricta rectitud, y los malos pagadores sacan los pies del plato.

VICT.—(Entrando presurosa.) ¿Pero ya concluíste?

CRUZ.—(Disimulando.) Si no he podido empezar... Traté de meterme en uno de los hornos; pero están aún muy calientes. Por poco me abraso. (Mostrando sus manos y cara.)

VICT.—¿Quieres lavarte?

CRUZ.— Ahora no. Estoy echando fuego.

VICT.— Bien se ve. Tu cara despide lumbre.

CRUZ.—Estoy horrible, ¿verdad?

VICT.—Horroroso.

CRUZ.— Mejor. (¡Si me vieras por dentro!)

VICT.—¿Quieres tomar algo?

CRUZ.—Dame vino. Necesito refrescar mi sangre.

VICT.—Echándole más fuego... Voy.

CRUZ.—(Deteniéndola.) Dime: ¿quién ha estado aquí mientras yo...?

VICT.—¿Aquí? No sé: no he visto á nadie.

CRUZ.—Tráeme el vino. (Sale Victoria por la izquierda.) Me engaña. Ya me iba yo acostumbrando á no temer su santidad, á mirarla como un juego infantil, una monada, vamos... Pero si me vende con sus arrumacos de criatura celestial... no sé lo que haría... Creo que se me quitará el amor que le tengo... sí... se me quitará. Y si no se me quita, me lo quitaré yo, me lo arrancaré...

VICT.—Aquí tienes. (Deja sobre la mesa botella y vaso.) No bebas mucho.

CRUZ.—(Llenando el vaso.) No te vayas... Tengo que hablarte.

VICT.—¿Qué quieres?

CRUZ.—El talón que te dí... (Bebe tranquilamente.)

VICT.—(¡Jesús sea conmigo!)

CRUZ.—¿Ha venido Ríus por él?

VICT.—No.

CRUZ.—Pues devuélvemelo.

VICT.—(Después de una pausa, en la cual recobra su serenidad.) No lo tengo.

CRUZ.—¡Que no lo tienes!

VICT.—No. Bien claro te lo digo.

CRUZ.—¿Con toda esa frescura? ¡Ah, me lo temí! Has dado el talón á esa familia de intrigantes y santurrones para que puedan seguir burlándose de las leyes, poseyendo lo que por sus desórdenes deben perder.

VICT.—(Con resolución.) Se lo he dado á esa valerosa mujer, á esa heroína, para que se defienda de tu codicia infame.

CRUZ.—(Con violencia, que quiere dominar.) ¿Cómo se llama lo que has hecho?

VICT.—(Con firmeza.) ¡Justicia!

CRUZ.—(Con sarcasmo.) ¡Justicia!... ¿Y esa manera de entenderla es lo que, según tus ideas, debemos llamar santidad...?

VICT.—Dale el nombre que quieras. (Con perfecta entereza.) Lo que hice... bien hecho está. Somos ricos, y todo nos sobra. Florentina es pobre, y todo le falta. Dios me ha inspirado este acto, y ha querido, por mediación de la loca de la casa, confundir tu soberbia y castigar tu brutalidad.

CRUZ.—(Levantándose airado.) ¿Y me lo dices así? ¿No tiemblas?

VICT.—¡Temblar yo! No me conoces. ¿Qué puedes hacerme? Quitarme la vida, esta vida que... con decir que te la he dado, se dice lo poco que vale... Mátame. Preparada estoy. Bien cerca tienes el arma.

CRUZ.—¡Victoria! (Vacilando entre la fiereza y la confusión ó desconcierto de la voluntad.) Bien sabes tú que no he de matarte. ¿A qué te haces la víctima heróica? (En tono severo.) En fin, cabeza destornillada, imaginación enferma, reconoce que has cometido una grave falta, y disponte á restituirme lo que me has quitado.

VICT.—¿Restituir? No: está en buenas manos.

CRUZ.—(Descomponiéndose.) No sé cómo tengo calma. Yo te mando que vayas en busca de esa vieja embaucadora y le digas que te equivocastes... Aún será tiempo. (Victoria hace signos negativos con la cabeza.) ¿No?... ¿No me obedeces?

VICT.—En esto no puedo.

CRUZ.—(Amenazador.) Pues yo te juro que así no quedará... No mereces mi cariño, no lo mereces: debiera aborrecerte... como tú á mí.

VICT.—Yo no te aborrezco. Mi Dios me prohibe el odio. Tú no comprendes esto, alma petrificada en el egoísmo. Tú no quieres á nadie: te adoras á tí propio, contemplándote en el espejo de tu riqueza.

CRUZ.—(Después de dar vueltas por la escena, como aturdido.) No es eso, no. Oyeme... Ya sabes... te lo he dicho mil veces en nuestros coloquios íntimos: la riqueza es en mí la pasión dominante, el sér de mi sér. Nada puedo contra esa pasión. ¿Será por ley de mi naturaleza? ¿Será por vicio adquirido con la virtud del trabajo? No sé más

sino que soy como soy. Y si alguien me quita lo mío, paréceme que el cielo se desploma, y la idea de perdonar se me representa como una negación de mí mismo... Fuera de esto, yo te quiero: bien lo sabes. Eres la única persona que ha despertado en mí un sentimiento... ¿cómo llamarlo? no sé. Soy muy torpe para encontrar términos de galantería. Pero el cariño que te tengo no disminuye la otra pasión, la principal, la madre, sino que más bien la fortifica. Amo mi dinero por mí, por tí, y por los hijos que has de darme.

VICT.—No te los daré... ¡Perpetuar tu raza! Dios no lo consentirá.

CRUZ.—(Airado y receloso.) No me lo digas, que me vuelves loco. Todo menos eso, Victoria. (Cogiéndola la mano y sacudiéndola con fuerza.)

VICT.—Suéltame.

CRUZ.—Pues no me quites la ilusión que me alienta...

VICT.—¡Imposible cegar el abismo que se abre entre nosotros! (Llorando.) ¡Si tú aprendieras á ser compasivo, si tu corazón perdiera esa insensibilidad marmórea y llegaras á curarte del estúpido orgullo de poseer, y poseer, y poseer...!

CRUZ.—(Interrumpiéndola.) Imposible, imposible. Porque si desapareciera del mundo el oro y la plata, y volviéramos al estado salvaje, yo, José María Cruz, sería siempre el mismo: con cuatro piedras y un par de troncos constituiría nueva propiedad al instante, y con rugidos, dentelladas y zarpazos de fiera, la defendería de quien intentara quitármela. No te empeñes en que yo sea de otro modo que como soy... Sométete y no me prediques más, ni trates de corregirme... (Bruscamente.) Ea, diles que te devuelvan el talón... Ve... pronto, antes que vayan á cobrarlo...

VICT.—No puede ser.

CRUZ.—(Con fiereza.) ¡Te lo mando!

VICT.—Si sabes que no te temo, ¿á qué esos rugidos?

CRUZ.—¡Ah! te casaste conmigo sin amor, por el vil interés, como decís los beatos...

VICT.—¡Y me lo echas en cara! Pues bien: reconozco que es cierto. Me casé contigo... porque eras millonario... nada

más que por eso. Ya ves si soy franca. Fué una locura, una genialidad. Llevóme hacia tí... ¿Te lo digo? ¿Quieres conocer hasta los últimos repliegues de mi pensamiento?... Arrastróme hacia tí una vaga aspiración religiosa, y además de religiosa... (Buscando la palabra.)

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—(Encontrando la palabra.) Socialista... como tú dices... la idea de apoderarme de tí, invadiendo cautelosamente tu confianza, para repartir tus riquezas, dando lo que te sobra á los que nada tienen... para ordenar las cosas mejor de lo que están, nivelando, ¿sabes? nivelando...

CRUZ.—(Con violencia.) Cállate, no me provoques... Si eso fuera verdad, tendría que exterminarte...

VICT.—Pues empieza ya tu obra de exterminio... Dime: fuera de mi locura de hoy, ¿tienes alguna queja de mí?

CRUZ.—Ninguna. Pero ésta es atroz, horrorosa...

VICT.—Déjame seguir. ¿Te he dado motivos de celos?

CRUZ.—(Receloso.) ¿Por qué me lo preguntas?

VICT.—Por preguntarlo.

CRUZ.—Pues hasta hoy no... Hoy sí... Te miraba como una mujer exceptuada de las flaquezas humanas. (Después de mirarla atentamente á los ojos, es asaltado de violenta zozobra.) Dime, dímelo pronto. Mientras yo estaba en la fábrica, ¿hablaste con la Marquesa y con su hijo? Ellos de aquí salían.

VICT.—Te he dicho que no les ví.

CRUZ.—Antes creía en tu palabra. Ya no. La verdad, quiero la verdad. ¿Ese beato ha estado aquí alguna vez?

VICT.—No recuerdo...

CRUZ.—¡También desmemoriada! Me hieres en lo más vivo... Yo te quiero, yo te quise...

VICT.—¡Celos tú!... Si en tu corazón no hay más que una fibra sensible: la que te duele cuando no cobras...

CRUZ.—No, no, que hay más... hay otras, que también me duelen... Y en tu conducta se juntan dos agravios, y los dos van derechos al corazón. Me sustraes mi propiedad para dársela... ¡á quién!... ¿Qué es esto? Explícamelo... Te creí pura; ya no... Dudo... ¿Cómo no dudar? ¡Desdichada, arrodíllate delante de mí y pídeme perdón! Devuélveme lo que me quitaste. (Con desvario brutal.) Prué

bame que desprecias á ese hombre... (Cogiéndola por los hombros, la sacude violentamente.) Victoria, que me trague ahora mismo la tierra si no hago un escarmiento horrible, una justicia de éstas que satisfacen por entero... Debo defenderme, debo castigarte, debo corregirte, debo...

VICT.—(Sofocada, logrando desasirse.) ¡Ay!... espera, oye.

CRUZ.—¿Qué... te disculpas...? ¿Confiesas tu delito?

VICT.—¡Delito... disculparme! ¿De qué, si soy inocente? Sólo te digo que he mandado el talón á la Marquesa, y que nada me importa su hijo.

CRUZ.—¡Me engañas...!

VICT.—Puedes creerlo ó no, según te acomode.

CRUZ.—Buscaré la verdad... (Llamando.) A ver, ¡Lluch!

ESCENA XII

Los mismos.—LLUCH, en la escalera; después DANIEL.

CRUZ.—¿Está ahí todavía?

LLUCH.—Sí, señor. Rondando por la alameda, como si esperara...

CRUZ.—Dile que la señora le suplica que suba... Pronto... (Vase Lluch.)

VICT.—(Asustada.) ¿Qué haces?

CRUZ.—Una idea, una idea feliz... Soy yo muy ingenioso... ¿Qué es eso? ¿Te turbas?

VICT.—¿Turbarme?... No.

CRUZ.—(Repitiendo con sarcasmo las anteriores palabras.) «La señora le suplica que suba.» ¿Qué tiene eso de particular? Así sabremos lo que quiere ese bendito.

DANIEL.—(Por la escalera, deteniéndose sorprendido.) ¡El aquí! ¡Una emboscada!

VICT.—(Que hablen... Mejor...)

CRUZ.—Mi mujer y yo le hemos llamado...

VICT.—Yo no... tú.

CRUZ.—Pues yo... Parecióme que acechaba usted mi salida para entrar...

DANIEL.—Así era, en efecto.

CRUZ.—¡Lo confiesa! Yo no me como la gente.

DANIEL.—Algunos creen que sí.

CRUZ.—¿Qué?

DANIEL.—Eso... que se la come usted.

CRUZ.—Voces que hacen correr los tramposos insolventes. En fin, yo quiero saber qué viene usted á buscar á mi casa.

DANIEL.—Deseaba hablar con su señora.

CRUZ.—¿Y por qué no entraba usted estando yo, y delante de mí le decía...?

DANIEL.—Porque no era usted á quien tenía que hablar, sino ella.

VICT.—(Concluyamos esto.) Daniel quería darme las gracias por el favor que hice á su mamá.

DANIEL.—Era eso... y algo más.

CRUZ.—¿A ver?

DANIEL.—Después de dar las gracias, pensaba decir á Victoria que no consiento que mi madre acepte semejantes auxilios.

CRUZ.—(Burlándose.) ¡Oh, cuánta dignidad! Teatral está el tiempo. Y con toda esa gazmoñería se guardan el dinero.

DANIEL.—No, señor: aquí está el talón... lo devuelvo. (Victoria se abalanza para estorbar el movimiento de Cruz, que toma la cartera.)

VICT.—¡Ah, no consiento...!

CRUZ.—Pues lo tomo. (Examinándolo con febril presteza.) Esto me gusta, joven... Bien, bien... Usted me prueba que...

VICT.—(Con mucha energía.) José María, respeta lo que hice... No aceptes la devolución... ¡Yo lo quiero, yo lo mando!

CRUZ.—Pero si él...

VICT.—No importa... Dáselo... insiste.

CRUZ.—(Con humorismo villano.) Hija, yo se lo daría de buena gana... pero ya ves... un joven tan digno y tan... religioso... y tan escrupuloso... de fijo no querrá.

DANIEL.—En efecto, no lo tomaré.

VICT.—(Airada.) Haz lo que te mando. Ofréceselo al menos.

CRUZ.—(Vacilando.) (Si no fuera más qué ofrecerlo... Pero ¿y si lo toma?... Por si acaso...) (Guarda la cartera.)

VICT.—¿No?

CRUZ.—No.

VICT.—Pues ha llegado el momento de poner en práctica una de las condiciones estipuladas.

CRUZ.—¿Cuál?

VICT.—Ha surgido entre nosotros una desavenencia grave, me has ofendido groseramente no aprobando una resolución mía; y como la vida me es imposible á tu lado, me marcho de tu casa, me separo de tí.

CRUZ.—¿Te vas?... Bien... Ya entiendo...

VICT.—Así se convino. No hay más que hablar. Me retiro al lado de mi padre.

CRUZ.—(Estallando en cólera.) Esto es una intriga, fraguada entre mi mujer y estos aristócratas arruinados. (Por Daniel, con desprecio.) ¡Complot infame contra mi propiedad y contra mi honor!... Ya lo veo. (A Victoria.) No te defiendas... Y usted, hipócrita; usted que con su máscara de religión se acerca traidoramente á mi hogar para meter en él la discordia y el escándalo...

VICT.—(Cortándole la palabra.) ¡Calla, no ofendas á quien no puede responderte con el mismo lenguaje!

DANIEL.—Que diga lo que quiera.

CRUZ.—Digo que usted y su madre se han propuesto deshonrarme, ya que arruinarme no pueden. Fácilmente engañan con su mojigatería á estos desdichados, pero á mí no. ¡Raza famélica, carcoma de la sociedad...!

DANIEL.—(Conteniéndose con gran esfuerzo.) Me insulta usted, porque sabe que mi religión, aunque todavía no me liga con votos solemnes, me prohibe contestar á sus injurias con otras.

CRUZ.—(En el colmo del furor.) Pues pídele á tu religión permiso para que yo pueda arrojarte por esa ventana. (Da un paso hacia él. Victoria le detiene.)

DANIEL—Su villanía, por grande que sea, no me hará olvidar...

CRUZ.—(Con escarnio despreciativo.) ¡Clérigo... vete de mi casa!

DANIEL.—(Sin poderse contener, estallando en ira rabiosa.) Clérigo, no... Tan hombre como tú... Y ahora mismo... (Coge el hacha que está sobre la mesa.) ¡Infernal monstruo, entrega tu vida miserable!... Quiero beber tu sangre, y con ella no aplacarás el odio que te tengo. (Abalánzase hacia Cruz, blandiendo el hacha. Victoria le detiene, sujetándole con sus brazos.)

VICT.—¡Daniel, por Jesús vivo...!

CRUZ.—(Esperando á pie firme.) Ven: te espero. (Daniel deja caer

el brazo. Victoria forcejea con él y consigue quitarle el hacha.)

VICT.—Márchate... pronto...

DANIEL.—(Trastornado, vuelve á enfurecerse y trata de avanzar nuevamente hacia Cruz, sin arma.) Quiero matarle, pisotearle el alma... ó que me mate á mí.

VICT.—Vuelve en tí.

DANIEL.—(Pasándose la mano por los ojos, como despertando de una pesadila.) ¡Ah! ¿Qué es esto?

CRUZ.—Déjale. (Avanzando hacia Daniel. Victoria se interpone para evitar el choque, y empuja á Daniel hacia la escalera.)

VICT.—Vete... (A Cruz.) Atrás... (Le domina con la mirada. Daniel vacila, quiere retroceder. Al fin se va, tras breve y sorda lucha.)

CRUZ.—(Con violencia.) ¡Tú tienes la culpa... tú!

VICT.—(Con dignidad.) Basta... Estoy de más aquí. (Huye hacia la escalera. Cruz va tras ella; detiénese perplejo al ver entrar á Moncada.)

ESCENA XIII

VICTORIA, CRUZ; GABRIELA, que entra por la izquierda, alarmada; por la derecha, DOÑA EULALIA, MONCADA.

GAB.—¿Qué ocurre? ¡Victoria...!

MONC.—¡José María!

VICT.—No ha pasado nada, nada... (Mirando á su marido con terror.)

CRUZ.—(Reconcentrando su cólera.) Nada: que mi mujer, la loca de la casa, curada por mí, recae en su dolencia y quiere abandonarme.

VICT.—(Corriendo al lado de su padre.) Sí, sí.

EULAL.—(Abrazándola.) ¡Pobre víctima, qué á tiempo llego para salvarte!

MONC.—Vámonos. (Mirando con recelo y disgusto á Cruz y á Victoria.)

VICT.—Vamos. (Gabriela se une al grupo, y salen todos por la derecha.)

CRUZ.—(Que al verles salir da algunos pasos hacia ellos y retrocede apretando los puños.) ¡Se va...! ¡De verdad se va! (Después

de dar vueltas por la escena, como atontado, mira por los cristales de la derecha.) ¡Y la dejé partir! ¡Y no maté al clérigo!... ¡No me reconozco! ¿Dónde está mi carácter, dónde mi arrogancia fiera?... Es que esa maldita santa me ha embrujado, me ha estafado mi personalidad... (Rabioso.) Juro por la Cruz de mi nombre, que la recobraré.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Sala baja en el Hospital y Casa de Maternidad de Santa Madrona, de construcción ojival.—A la derecha, la entrada de la iglesia.—En el lienzo del fondo, á la izquierda, rompimiento de arco ojival que da paso al claustro, del cual se ve una parte.—A la derecha, frente al espectador, puerta pequeña de una estancia, en la cual se verá, cuando se indique, mesa puesta como para un refresco. A la izquierda, dos puertas: una de ellas conduce á las cocinas y dependencias del establecimiento, las cuales se supone están en el sótano.—Mesa y sillas.—Es de día.—Antes de alzarse el telón, óyese música de órgano, que continúa durante la escena primera.

ESCENA PRIMERA

JORDANA, de frac; dos HERMANAS DE LA CARIDAD; después LA MARQUESA.

HERMANA 1.ª—Todo está dispuesto.

JORD.—No olvidar los ramos para las señoras. Cuidadito con el servicio del *buffet*. ¿Han traído el *champagne* y los licores?

HER. 1.ª—Sí, señor. (Retíranse. Jordana las llama.)

JORD.—Ya saben que á los chicos se les da una merienda...

HER. 2.ª—Y un extraordinario á los convalecientes.

JORD.—Justo.

HER. 1.ª—Nada faltará, señor don Manuel. Esté tranquilo. (Vanse las Hermanas.)

MARQ.—(Entrando presurosa é inquieta, como buscando á alguien.) ¡Ah!... Jordana. ¿Ha visto usted á mi hijo?

JORD.—¿Daniel? Sí: en la iglesia entró hace un momento...

¡Pero qué pronto han venido ustedes! Esto se llama puntualidad.

MARQ.—Se llama anticipación. Yo suelo anticiparme para coger buen puesto.

JORD.—Usted lo tiene siempre. Dispénseme, señora Marquesa. Tengo que dar órdenes... (Mirando por la puerta de la iglesia.) Ya le tiene usted ahí. (Vase Jordana por el fondo.)

ESCENA II

LA MARQUESA; DANIEL, que sale de la iglesia, poniéndose el sombrero. Calla el órgano.

MARQ.—Pronto te has cansado por cierto. El hermoso ritual, que antes era tu delicia, te aburre ya.

DANIEL.—(Con desabrimiento.) Sí, me fastidia, me causa pena. No sé qué siento, ni qué nueva crisis es ésta porque pasa mi espíritu, después de la horrible escena de anteayer en la fábrica.

MARQ.—Horrible, sí (Alarmada); pero sin consecuencias.

DANIEL.—Salvo la gran enseñanza que me ha traído. (Asombro de la Marquesa.) Sí: aquel arrebato en que á punto estuve de cometer un homicidio, ha sido para mí revelación del mayor engaño de mi existencia... Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio del espíritu para engañarse á sí propio... transformación mágica de mi idolatría por esa mujer; idolatría que no disminuye, más bien aumenta, al dejar de creerla celestial. (Con efusión.) Madre querida, necesito revelarte todo lo que siento, todo, todo, hasta lo más horrible.

MARQ.—Sí; dímelo todo. Yo te consolaré.

DANIEL.—La salida de Victoria de la casa conyugal me trae un nuevo sacudimiento, un nuevo trastorno. ¡Increíbles fases de la pasión en nuestra alma, según se nos va presentando la persona que la inspira! ¿Ella religiosa? yo también. ¿Ella casada? yo demente... y por fin...

MARQ.—(Asustada.) ¿Qué quieres decir?

DANIEL.—Que al verla huir de su tirano, pensé que me amaba; creí que me sería fácil arrastrarla á la infidelidad...

MARQ.—(Horrorizada.) ¡Hijo mío, tú, tú, tan piadoso... tan bueno...!

DANIEL.—(Con exaltación.) ¿Piadoso yo? ¡Vana, ridícula ilusión! Si Victoria confirmase con una palabra el ansia que me devora, huiría con ella al último confín del mundo.

MARQ.—¿Y me abandonarías? ¿Abandonarías á tu madre?

DANIEL.—(Después de vacilar.) Sí... ya ves cómo no te oculto nada, ni lo más indigno.

MARQ.—(Llorando.) ¡Increíble ingratitud!

DANIEL.—(Abrazándola cariñosamente.) No, no temas. Ya no hay peligro.

MARQ.—¿Por qué?

DANIEL.—Porque esa palabra, que á las mayores locuras me lanzaría... Victoria no la ha pronunciado (Con profunda amargura), ¡ni la pronunciará!... Y esta firme persuasión me convierte en un sér mecánico... Un resto de razón me dice que debo vivir y volver á la vida seglar y ordinaria, al trabajo y á las obligaciones.

MARQ.—Eso... eso... ¡Gracias á Dios!... Victoria no te ama. Es casada y virtuosa. No pienses en ella, no te dejes tentar del Demonio maldito.

DANIEL.—(Con profunda tristeza.) ¡Ay! Si no te hubiera tenido presente en mi alma, ayer, después de la entrevista con Victoria, me habría quitado la vida.

MARQ.—(Abrazándole conmovida.) No digas tal... ¡Ay, me matas!

DANIEL.—No temas... Debo vivir para tí, madre querida... Verás, verás cómo me porto. En un par de años de bufete ganaré lo bastante para comprarte una finquita mejor que el Clot.

MARQ.—(Con amargura.) ¡Ay, no me recuerdes el bien perdido!

DANIEL.—(Exaltándose.) ¡Vil, execrable usurero, publicano infame! Si me tropiezo con él otra vez, si me provoca, aunque sólo sea con su mirar insolente, soy hombre perdido.

MARQ.—Por Dios, no me asustes... Mira, hijo: conviene que nos volvamos pronto á Barcelona...

DANIEL.—¡Oh! sí, mañana...

MARQ.—Esta tarde misma... ¿Quieres?

DANIEL.—Sí... Sácame de este suplicio, de este peligro inmenso.

ESCENA III

Los mismos.—JORDANA.

MARQ.—¿Pero cuándo empieza esto, Jordana?

JORD.—Son las tres, señora.

MARQ.—¡Qué satisfacción sentirá usted al convocar á sus amigos para ceremonia tan bella, en este soberbio edificio!...

DANIEL.—Habrá usted perdido la esperanza de que ese sátrapa de Cruz lo termine.

JORD.—Las perdí; pero las he recobrado otra vez. Yo no desmayo; yo siempre espero. (En tono confidencial.) Ya tienen ustedes noticia de lá disidencia matrimonial.

MARQ.—Sí.

JORD.—Yo aspiro á conseguir la reconciliación.

DANIEL.—¡Usted!...

JORD.—Sí: me meto á componedor y á diplomático, con la esperanza de que mis buenos oficios se me paguen en ladrillo contante y sonante, ó en sillería.

DANIEL.—¡Ay, qué inocente!

JORD.—No tanto como usted cree. He descubierto que el publicano ama locamente á su mujer... Anoche me le encontré en un estado de locura que daba miedo. Rugía como un tigre de malas pulgas, y toda silla en que se sentaba se partía en sin fin de pedazos. Su fuerza física parece duplicarse con la cólera que arde en su pecho hercúleo, y esta mañana... á un infeliz capataz que no entendía sus órdenes, le cogió... así... y ¡zas! al estanque de remojo.

MARQ.—¿Y le tiró?

JORD.—Como que por poco se ahoga. Hoy ha despedido á mucha gente. La mitad de los operarios en la calle.

DANIEL.—Es un castigo del cielo ese hombre.

JORD.—Hoy no se oyen en la fábrica más que llantos, gemidos, imprecaciones. Parece aquello el cautiverio de Babilonia.

UNA HERMANA DE LA CARIDAD.—(Entrando por la puerta pequeña del fondo. Esta queda abierta, y por ella se ve mesa puesta como para un refresco.) Don Manuel, á ver si la mesa está á su gusto.

JORD.—Voy en seguida. (Vase la Hermana de la Caridad.)

ESCENA IV

Los mismos.—MONCADA, que entra por el claustro; después DOÑA EULALIA y JAIME.

MONC.—Ya estamos aquí.

JORD.—¿Y Victoria?

MONC.—Con las señoras de Fiol, visitando la sala de Expósitos...

JORD.—Corro allá...

MONC.—(Deteniéndole amistosamente.) Una palabra... (Hablan aparte.)

EULAL.—(Con Jaime por el claustro.) Esto va largo.

JAIME.—Hay bateo para toda la tarde.

EULAL.—Y á mis sobrinos les da por visitar ahora la sala de Incluseros. No me divierten los chiquillos, ni aun aquéllos que no tienen quien les haga mimosos.

MARQ.—(Saludándola.) Eulalia, felices...

EULAL.—(Estrechando la mano á la Marquesa y á Daniel.) Me han dicho que este demonio de Jordana ha decorado la iglesia con una magnificencia asiática.

MARQ.—Entremos á verla. (A Daniel.) Ven tú también. No quiero que te separes de mí.

JAIME.—Yo lo doy por visto.

EULAL.—(Queriendo llevarle.) ¿Qué dice el incrédulo, qué dice la Materia?

JAIME.—Que está siempre á disposición del Espíritu. (Le da el brazo. Los cuatro entran en la iglesia.)

ESCENA V

MONCADA, JORDANA.

MONC.—¡Cuánto me alegraría de que sus negociaciones, amigo Jordana, tuvieran un éxito feliz! Francamente, esa separación no me gusta.

JORD.—Ante todo, Cruz quiere tener una entrevista con usted.

MONC.—Pues cuando guste. ¿Debo ir allá?

JORD.—Quizás puedan verse aquí. Rechazó con malos modos mi invitación... Pero me puse tan pesado y tan fastidioso, que al fin pude arrancarle la promesa de venir; por supuesto, dándole las seguridades de que no habrá himno, ni memorial presentado por las señoras, ni discurso mío, ni nada de lo que él llama mojiganga.

MONC.—Dudo que venga, á pesar de ese cambio en el programa.

JORD.—Por si acaso, iré á buscarle. (Mirando su reloj.) No: ya no puedo. Daré el encargo á mi primo.

ESCENA VI

LOS MISMOS.—VICTORIA, una HERMANA DE LA CARIDAD, que entran por el claustro.

JORD.—(A su encuentro.) ¡Ah, señora!...

VICT.—¿No está aquí Gabriela?

MONC.—¿Pero no fuísteis juntas á ver á los expósitos?

VICT.—Sí; pero allí se nos unieron las de Fiol. Pasamos de sala en sala. Unas bajaban, otras subían. Yo me perdí. Parecióme que Gabriela había bajado al refectorio.

JORD.—Ya parecerá.

VICT.—Sor Agustina ha sido tan amable, que además de acompañarme por el laberinto de pasillos y escaleras, me ha informado de varias cosas que necesito saber.

HERM.—De ropa de cama y envolturas para los niños no estamos bien. ¿Verdad, don Manuel?

JORD.—Lo mejor será que se le dé nota exacta de lo que tenemos en el guardarropa, de las pensiones de lactancia, del coste anual de cada chiquillo...

VICT.—Eso es. Ya me enterarán de todo cuando estemos más despacio.

HERM.—Pues con su permiso... (Saluda y se retira.)

JORD.—Con que... Inspeccionemos el *buffet*.

ESCENA VII.

VICTORIA, MONCADA.

VICT.—(Sentándose.) Cansada estoy de veras.

MONC.—(Observando que Victoria se lleva la mano á los ojos, mareada.) ¿Pero qué tienes?... ¿Te sientes mal?

VICT.—No: se me va la cabeza... Me marea tanto subir y bajar escaleras.

MONC.—Tú no estás bien. No te has respuesto aún del disgustazo del otro día...

VICT.—Ya descansaré. Anoche no pude pegar los ojos. Pensaba en el pataleo del pobre animal al encontrarse solo. Además, no se apartan de mi pensamiento las atrocidades que hará separado de mí.

MONC.—Me ha contado Jordana que anoche, sentado á la mesa sin probar bocado, su cara tétrica daba compasión.

VICT.—Echaría de menos nuestra conversación amenísima. «Victoria, ¿apuntaste la partida de los moldes?...» «Sí, hijo...» «Que no se te olvide la rebaja que hemos hecho en los jornales de máquina.» Luego hablamos de si el carbón que nos da Ríus es peor ó mejor que el que nos daba la Compañía Hullera, ó del tiempo favorable ó adverso para las cochuras. ¡Ya ves qué cosas tan divertidas! Pero estas vulgaridades crían costumbre, y en el molde de las costumbres nos vaciamos y nos endurecemos.

MONC.—(Suspirando con profunda pena.) (¡Pobre hija de mi alma! ¡Y por mí tomó tan pesada cruz!) Háblame con absoluta sinceridad. ¿Deseas que sea definitiva la separación?

VICT.—Te hablaré como á mi confesor. En los primeros mo-

mentos, la separación parecióme un bien. Pasados dos días, ya no me lo parece.

MONC.—¿Volverías?...

VICT.—(Después de vacilar.) Sí... La vida con Pepet es árida, trabajosa; pero es vida. Es un batallar constante, aunque sin ruido... Soy yo muy guerrera. Peleo, caigo, me levanto, recibo crueles heridas, me las curo con mi bálsamo de Fierabrás, y otra vez á luchar con el gigante.

MONC.—(Su gran espíritu la salva.)

VICT.—Y te diré más. Hasta que me separé de él no he conocido que hay algo que hacia él me impele. Atracción misteriosa que no comprenderás quizás.

MONC.—Sí que la comprendo. Y él, por su parte, tampoco se aviene con la soledad. Es que hay seres que no pueden vivir sin tener alguien á quien atormentar.

VICT.—Y los hay también que no pueden vivir sin ser atormentados. (Confusa.) No sé lo que es esto, y te aseguro que no lo entiendo bien... Pero las cosas muy claras y muy resabidas son para los tontos. Del misterio de las conciencias se alimentan las almas superiores.

MONC.—En fin, que por una causa ó por otra, la separación te disgusta.

VICT.—(Levantándose.) Y aún no conoces todas las razones que me mandan volver allá.

MONC.—(Sorprendido.) ¡Otras razones! Dímelas.

VICT.—(Con cierta cortedad.) No... ahora no... (No me atrevo... Gabriela ha quedado en decírselo.)

ESCENA VIII

Los mismos.—GABRIELA y una SEÑORA, que aparecen por una de las puertas de la izquierda. Poco después JAIME y DANIEL por la derecha.

GAB.—(En la puerta.) ¿Pero dónde te metes? Buscándote hace media hora.

VICT.—Pero si os perdísteis... Digo, me perdí yo.

GAB.—Hija, no has visto la cocina... ¡Ay, qué cocina!

SEÑORA.—¡Y qué despensa! No ha visto usted cosa igual. (Avanzan las dos en la escena.)

GAB.—Ven, ven.

MONC.—Está fatigada. Dejadla.

VICT.—Iré si hay tiempo.

SEÑORA.—Venga usted. Es una maravilla de orden y limpieza.

GAB.—(Señalando á la puerta.) Por esta escalera bajamos en un momento. (Llévase á Victoria.)

SEÑORA.—Usted también, don Juan. (Aparece en la puerta una Hermana con mandil.)

MONC.—¿Yo también? Vamos allá. (Aparecen Daniel y Jaime en la puerta de la iglesia.) Jóvenes, ¿no quieren ustedes admirar las grandiosas cocinas?

JAIME.—No, señor: las admiraremos sin verlas... cuando nos sirvan el rancho.

MONC.—Abur. (Vase con la Señora por la izquierda.)

JAIME.—¿Sabes que me da en la nariz olorcillo de guisote?

DANIEL.—De componenda quieres decir. Jordana es un buen repostero y prepara el pastel.

JAIME.—¿Qué piensas tú? ¿Tienes la reconciliación por imposible?

DANIEL.—No. Triunfarán las leyes, la moral...

JAIME.—¡Las leyes, la moral, la religión!... Todo este conjunto artificioso es el soberano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza.

DANIEL.—Tienes razón. Pero la Naturaleza paréceme á mí que ha perdido también los papeles, y hace cada disparate... En fin, declaro que me aburro aquí soberanamente.

JAIME.—Yo también. Pero no puedo marcharme. Esposo amante, no sé vivir separado de mi cara mitad, y corro tras ella. (Dirígese á la puerta de la izquierda.)

DANIEL.—¿Dónde estará mi madre? (Como espantado de verse solo.) No puedo estar solo... ¡Me tengo miedo! (Al dirigirse al claustro, ve á Cruz y Jordana que llegan despacio, el segundo como enseñando al primero el edificio.) ¡Ah! ¡el monstruo!... Ya me voy.

ESCENA IX

DANIEL, CRUZ, JORDANA; después una HERMANA DE LA CARIDAD.

JORD.—(Asustado.) (¡Daniel aquí!)

CRUZ.—(¡El clérigo!) (A Jordana, con desabrimiento.) Y en fin, ¿para qué me trae usted aquí? (Daniel y Cruz se miran con rencor.)

JORD.—Señores, yo les ruego... Por Dios, tengan presente la santidad del lugar...

DANIEL.—(La presencia de ese hombre me vuelve al estado de condenación... Yo quiero matar á ese hombre, ó que él me mate á mí.)

JORD.—(Como queriendo llevarse á Daniel.) Querido Marqués...

DANIEL.—Déjeme.

JORD.—(A Cruz.) Yo creo que con una leal explicación...

CRUZ.—(Rechazándole con sequedad.) ¿Qué sabe usted?

HERM.—(Que entra presurosa por el claustro.) Don Manuel, don Manuel, el Prior de San Francisco y seis Padres... Dirígense á la iglesia.

JORD.—(Muy apurado.) Avise usted... ¿Ha llegado mi familia?... ¿El niño...?

HERM.—Arriba están, en el cuarto de la Superiora. (Vase la Hermana.)

JORD.—(Inquietísimo, sin saber á dónde acudir primero.) Abajo, la madrina... los de casa, arriba... los frailes, por allá... los convidados, en completa dispersión... el *buffet*, sin arreglar... éstos, con gana de pelea... (Oyese repique de campanas.) El Prior entra... ¡A dónde acudir!... (Mirando á Cruz y á Daniel.) ¿Y á mí qué? Mátense en buen hora (Entra presuroso en la iglesia. Cesa el toque de campanas.)

ESCENA X

CRUZ, DANIEL.

DANIEL.—Señor Cruz, la casualidad ha vuelto á reunirnos. ¿Quiere usted que resolvamos nuestra querella por la forma usual del duelo?

CRUZ.—¡Estúpida forma la del duelo!

DANIEL.—¿Pues cuál?... ¿Hay otra?

CRUZ.—Sí: si le encuentro á usted en las inmediaciones de mi casa, le mato...

DANIEL.—Pues iré prevenido, y bien podría suceder que le matase yo á usted. No, señor Cruz: eso es un duelo á estilo de salvajes...

CRUZ.—(Después de recapacitar.) Pues corriente. Batámonos á estilo civilizado.

DANIEL.—Bien.

CRUZ.—Elija usted armas.

DANIEL.—Elíjalas usted. Yo no manejo ninguna. Lo mismo me da, pues siendo usted tan diestro en todas ellas, es seguro que me matará.

CRUZ.—Así lo creo.

DANIEL.—De modo que iré al duelo como víctima indudable; voy al asesinato, mejor dicho.

CRUZ.—Y lo dice tan fresco.

DANIEL.—Sí, porque deseo morir. Nada me interesa de la eternidad para acá.

CRUZ.—¿Nada? Usted ama. Quizás es amado.

DANIEL.—¡Oh, no! ¡Extraña cosa que yo tenga que declarar ante mi enemigo que no soy amado, y que este horrible vacío de mi vida obra es del despecho!... ¿A qué más explicaciones? Debo perecer... Me llama el abismo. En su fondo veo el descanso! Silencio... llegan.

ESCENA XI

CRUZ, VICTORIA, GABRIELA, MONCADA, JORDANA, JAIME, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, SEÑORAS y CABALLEROS, que entran por el claustro, entre ellos, ceremoniosamente, una mujer vestida al uso del país con un niño en brazos, envuelto en ricas mantillas y capa de bautizo. Siguen las HERMANAS DE LA CARIDAD, un MONAGUILLO. Suena el órgano.

CRUZ.—(Retirándose á la izquierda del proscenio, como para dejar pasar la comitiva, huyendo del compromiso de unirse á ella.) ¡Para qué me traerá Jordana á estas mojigangas! Mi salvajismo se subleva... (Reparando en Victoria.) ¡Mi mujer! Guapa está en verdad.

EULAL.—(Avanzando hacia Cruz y mirándole de arriba abajo, con desprecio. Márquese bien el aparte, guardando la distancia que el mismo aparte exige.) (Hombre sin corazón, enemigo de Cristo, Judas que le vendes, sayón que le azotas, ¿qué buscas aquí?) (Cruz parece entender por la mirada las expresiones de doña Eulalia, y se vuelve para otro lado, encontrándose frente á la Marquesa.)

MARQ.—(Mirándole con rencor, también aparte, á distancia conveniente.) (Bandido de la ley, perseguidor del débil, verdugo de los pobres: mal cuadra aquí tu insolencia si no vienes á humillarte y á renegar del Diablo, á quien adoras.) (Vuélvese Cruz para el otro lado, y ve á Gabriela.)

GAB.—(Aparte.) (Que Dios te confunda, monstruo, y aumente tus riquezas, hasta hacerlas tan grandes como la mar, para que en ellas naufragues y te ahogues.)

CRUZ.—(Aparte también, con ira y desprecio.) (Furibundas vienen hoy estas pécoras.) (Por las dos señoras mayores.) ¡Y esta mocosa! ¡Qué modo de mirar!

VICT.—(Mirando á Cruz, que se ha retirado al otro extremo del proscenio y clava en ella los ojos.) (¡Mal ceño trae mi pobre monstruo!... Descuida... La loca de la casa está hoy muy inspirada, y te amansará.) (Rodéanla las señoras y

Hermanas de la Caridad. Dirígense á la iglesia. El órgano vuelve á sonar, tocando una marcha religiosa. Los invitados y las Hermanas siguen á Victoria y entran en la iglesia.)

JORD.—(A Cruz, indicándole que entre.) ¿Y usted no...?

CRUZ.—(Displicente.) No quiero. Me quedo aquí. (Apártase Jordana algo corrido. Pasan todos á la iglesia, menos Cruz y Moncada.)

ESCENA XII

CRUZ, MONCADA.

CRUZ.—¿Usted tampoco...?

MONC.—Luego. Tengo que decirte dos palabras.

CRUZ.—Vengan.

MONC.—Puesto que la separación es inevitable... Yo lo siento mucho, Pepet, cree que lo siento... ocupémonos de la cuestión legal. Me figuro que con tu mujer no has de ser tacaño, y que le reconocerás una renta decorosa. Pero hay otro asunto más grave...

CRUZ.—¡Más grave!

MONC.—Podría suceder... no afirmo yo que suceda... pero bien podría suceder...

CRUZ.—¿Qué?

MONC.—Una cosa muy natural, Pepet: que tu mujer, dentro de tres, cuatro meses, cinco á lo más...

CRUZ.—(Con febril impaciencia.) ¿Qué, hombre, qué?

MONC.—Pues que me diera un nietecillo.

CRUZ.—Don Juan, don Juan, no juegue usted conmigo, no me busque el genio... Mire que...

MONC.—Hay que prever este caso, Pepet, hay que preverlo...

CRUZ.—(Inquietísimo) ¿Pero es verdad...? (Gritando.) Victoria... que venga... ¿Dónde demonios está?

MONC.—Modérate, hijo: ten presente lo sagrado del sitio.

CRUZ.—¡Estoy en mi casa!... (Como trastornado.) ¡Ah! ¡no! Estoy en el hospital, en este condenado asilo que ha hecho Jordana... Pero dígame usted... ¿es cierto que...? ¿Lo ha dicho usted por broma, por ganas de atormentarme...? Don Juan, sepa usted que no admito bromas... ni

de usted ni de nadie las aguanto... Y si es verdad... ¿Pero usted no comprende que...? ¡Un hijo, tener un hijo! ¿Pues para qué me he casado yo? ¿Por qué trabajo, por qué soy como soy...? Don Juan (Cogiéndole por las solapas), no me contento con que Victoria me dé un hijo. Tiene que darme muchos, muchos; y á todos les criaré en el amor de la propiedad, en la religión del tuyo y mío, en el culto sagrado de la contabilidad, en el trabajo... y en todo lo demás que ella quiera.

MONC.—Difícil me parece que tengas tantos... Uno quizás...

CRUZ.—(Furioso.) ¡Pues no faltaba más...! Digo que nos reconciliaremos, y tendré muchos hijos, don Juan, aunque usted se oponga...

MONC.—Yo... como oponerme... no.

CRUZ.—Y realizaré el sueño de mi vida, pese á quien pese. Victoria y yo seremos fundamento de una gallarda generación, y perpetuaré mi nombre, unido al de Moncada; y mis hijos serán condes, duques y marqueses, y vivirán con el esplendor que á su rango corresponde, y aumentarán las riquezas ganadas por su padre, y tendrán inmensa propiedad, tierras sin fin, granjas, montes, valles, provincias, casas, palacios, barrios, ciudades, y nuestra casa, nuestra firma, será la primera de Barcelona, y de Cataluña, y de España, y del mundo entero.

MONC.—Calma, calma.

CRUZ.—Digo que no hay separación.

MONC.—Ella la desea.

CRUZ.—(Paséase furioso por la escena.) ¡Quitarme mis hijos, privarme de mi sucesión! (Llamando á gritos.) ¡Victoria!... ¿Pero cuándo se acaba ese endiablado bautizo...?

MONC.—¡Por Dios, Pepet!... ¡Qué lenguaje...!

CRUZ.—(Gritando.) Déjeme usted... ¡Victoria! Esto es un complot infame... Arrollaré cuanto se me ponga por delante. No respeto nada: ni á usted con sus canas venerables, ni á ella con sus remilgos de criatura santa y perfecta...

MONC.—La has ofendido gravemente.

CRUZ.—¡Ceguera de un instante! Soy fácil á la duda, como á la credulidad. Así como en los negocios no ha nacido todavía quien me engañe, en cosas de amor fácilmente

me alucino, veo lo que no existe... se me desfiguran y agrandan las cosas... Soy así... Pero, don Juan, yo creo en ella, creo en mi mujer, la más hermosa creación de la Naturaleza, ó de quien quiera que se ocupe en crear lo que vemos... y lo que no vemos... Don Juan, no me contradiga.

MONC.—No, si yo... no.

CRUZ.—(Con violencia.) Porque no admito que se me contradiga en esto ni en nada; porque yo sé más que nadie; porque estoy dispuesto á demostrar que tengo razón, que estoy cargado de razón, que yo soy la razón misma, sí, señor, la razón...

MONC.—(Sujetándole.) Basta... Pareces un niño... Ya salen.

ESCENA XIII

Los mismos.—La comitiva del bautizo sale de la iglesia: primero las HERMANAS DE LA CARIDAD, luego las SEÑORAS y CABALLEROS invitados; JORDANA delante. Siguen JAIME, GABRIELA, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, VICTORIA, LA NODRIZA con el niño en brazos.

CRUZ.—(A Victoria, dirigiéndose á ella en cuanto la ve.) Tengo que hablarte.

VICT.—¿Ahora?

CRUZ.—¡Ahora y siempre!

VICT.—¡Pero qué modos! José María... aquí, en este lugar sagrado, ¿también escandalizas?

CRUZ.—Aquí y en todos los lugares sagrados escandalizaré siempre que se me antoje.

VICT.—¡Oh, qué grosería! ¿Estás loco? Déjame.

CRUZ.—Repito que quiero hablarte.

VICT.—Después.

CRUZ.—Ahora mismo. (Los demás personajes se fijan en la viveza de este diálogo.)

JORD.—(Tratando de apartar la atención de todos del altercado entre Cruz y Victoria.) Señoras y caballeros: ha llegado la hora suprema de la reparación... de fuerzas... (Señalando al

buffet, que se ve desde la escena.) Victoria, usted la primera.

VICT.—Ahora voy.

EULAL.—(A Jordana, que sigue invitando.) Yo no acostumbro tomar nada fuera de mis horas; pero porque usted no diga...

JORD.—Señora Marquesa... Gabriela... (Van pasando todos á la sala del *buffet*, quedando solos en escena Cruz y Victoria.)

ESCENA XIV

CRUZ, VICTORIA.

CRUZ.—(Cogiéndola una mano.) ¿Insistes de veras en la separación?

VICT.—(Asombrada.) ¿Ahora sales con eso?... ¿Recuerdas lo convenido?

CRUZ.—Sí.

VICT.—¿Y negarás que me sobran motivos para pedir que se cumpla la condición estipulada?

CRUZ.—(Con fiereza.) ¡Victoria!

VICT.—No, no me impones miedo. Mis resoluciones, cuanto más repentinas, más duraderas. Un chispazo de mi voluntad, que es algo tempestuosa, me arrancó á la vida religiosa para llevarme al matrimonio. Otro chispazo me separa de tí para volverme á la vida religiosa.

CRUZ.—(Estupefacto.) ¡Otra vez!

VICT.—Verás... Como no puedo estar ociosa, como mi espíritu, mi naturaleza toda, reclaman ocupación constante, absorbente, he decidido, á instancia del amigo Jordana, encargarme de la dirección de esta casa.

CRUZ.—(Impaciente, receloso.) Mujer, tú te propones acabar con mi paciencia, y lo conseguirás... Oye. (Queriendo asirla por un brazo.)

VICT.—(Apartándose.) No: perdona... Tengo que entrar un momento en el *buffet*. Creerían que es desaire... (Dirigiéndose al *buffet* con paso ligero, á punto que sale de él Jordana.)

ESCENA XV

CRUZ, JORDANA.

JORD.—(En la puerta del *buffet.*) ¿Pero usted no toma nada?

CRUZ.—(Con displicencia.) Gracias.

JORD.—Está de mal temple.

CRUZ.—(Llamándole.) Dígame. ¿Es cierto que mi mujer piensa ser directora de... no sé... vamos, de esto?

JORD.—Tales son sus deseos.

CRUZ.—¿Y usted consiente...?

JORD.—¿Pues no he de consentir? ¡Y á mucha honra...!

CRUZ.—¡Jordana! (Amenazador.) Le juro á usted... Vamos, de mí no se ríe nadie; y si esta idea de secuestrar á mi mujer llega á ser un hecho, se verá quién es José María Cruz. Pegaré fuego á la casa... y á usted...

JORD.—(Con dignidad, retirándose.) Señor Cruz...

CRUZ.—(Procurando dominarse.) Perdone usted... No sé... Supongo que todo es broma.

JORD.—No lo tengo por tal... Será directora, sí, señor. Y yo tan contento. ¿Ve usted esas habitaciones que aún no están ocupadas? (Señalando á la primera puerta de la derecha.) Ahí se instalará.

CRUZ.—¿Ahí? (Acercándose á la puerta.) Está bien. (Llamando.) ¡Eh!... ¿No hay aquí criados? Que avisen á mi casa para que venga Lluch... y dos ó tres mozos...

JORD.—¿Pero qué hace usted?

CRUZ.—Pues mandar que me traigan aquí mi cama, mi mesa mis libros de contabilidad...

JORD.—¿De veras?

CRUZ.—Sí, hombre: aquí me instalo también. Quiero velar por la niñez... Me interesa extraordinariamente la generación que ha de sucedernos, los que ahora son pequeñitos y mañana serán grandes.

JORD.—¡Y usted...! (Entusiasmado.) Venga un abrazo, señor Cruz.

CRUZ.—(Rechazándole.) No, nada de abrazos. Repito que si mi mujer viene aquí, yo también...

*

JORD.—Bien decía yo que eso de la separación era una tontería.

CRUZ.—Claro, una tontería... Nada: cuatro palabras un tanto vivas, un talón que va y vuelve, un hacha levantada... Tuve celos; ya no. (Recorriendo la escena excitadísimo.) Lo diré á cuantos quieran oirlo... Que me traigan al clérigo, que me traigan á todos los clérigos del mundo, y les diré que sus envidias de mi felicidad no llegan hasta mí...

JORD.—(Nunca le ví tan agitado. Carácter que se desquicia, hombre rendido... Será nuestro al fin.) (Aparece Victoria por el *buffet*.) (Victoria... No estorbemos.) (Pasa al *buffet*.)

ESCENA XVI

CRUZ; VICTORIA, comiendo un bizcocho.

VICT.—¡Cómo me gustan hoy los bizcochos! ¡No sé cuántos me he comido!... Y comería más.

CRUZ.—Antojadiza estás... Ea, concluyamos. No admito la separación.

VICT.—(Con la boca llena.) Me sorprende esta conducta después de haber dudado de mí.

CRUZ.—¡Dudar! ¿Y quién no duda alguna vez, y ciento y mil? Pues ¿por qué existe la fe, sino porque existió primero su madre, la duda? Yo dudé, es cierto; pero ya creo en tí. ¿Qué más quieres?

VICT.—Quiero más, mucho más. Tu aversión al prójimo, tu crueldad, tu codicia, tu barbarie, son una barrera infranqueable que me separa de tí.

CRUZ.—¿Pero qué pretendes? ¿Que me vuelva otro? ¿Soy acaso la Naturaleza, soy yo quien ha hecho las cosas como son? ¿Puedo yo mudar las causas, quitar y poner los efectos? Si soy así, ¿qué remedio hay más que tomarme ó dejarme?... Tú también tienes defectos, Victoria: al menos yo veo defectos en lo que otros ven perfecciones. Eres demasiado religiosa; me acosas, me mareas con tu idea de la caridad, tan distinta de las mías; me sermo-

neas, me contradices, me abrumas... Y, sin embargo, yo me llevo bien con tus defectos, y te quiero á pesar de ellos, y quizás por ellos... Acéptame tú á mí con mis asperezas, como yo te acepto á tí con las tuyas... Porque si mis escamas ó aletas de dragón infernal te pinchan y raspan y cortan, á mí... el plumaje de tus alas de ángel también me... me punza, me roza, me hiere. (Retírase á la izquierda del proscenio, donde está la mesa. Siéntase junto á ella en actitud reflexiva.)

VICT.—(Su carácter no puede cambiar. ¿Podría, acaso, suavizarse un poco?... Para conseguirlo, más valdrá la astucia que la fuerza. (Observándole.) No puede vivir sin mí... Esto ya es algo... ¿Será cierto, Dios mío, que yo tampoco puedo vivir sin él, sin esta rudeza que me lastima cuando trato de domarla?... Sí: es ley de vida, ley de educación, amar á los que corregimos.)

CRUZ.—(Como asaltado de una idea.) Bueno: accedo á la separación, con tal que me libres de una duda que me atormenta. Dime si tu papá se burlaba de mí cuando me indicó hace un rato que...

VICT.—¿Qué, hombre?

CRUZ.—Que...

VICT.—Parece que estás lelo.

CRUZ.—Que quizás me darías un hijo.

VICT.—(Afectando indiferencia.) ¿Ya fué papá con el cuento?

CRUZ.—(Vivamente.) ¡Luego... es verdad!...

VICT.—No he dicho que sea verdad. Es una previsión de papá... (Bromeando) un por si acaso...

CRUZ.—¡Victoria... basta de bromas! ¿Es cierto que...?

VICT.—Siéntate...

CRUZ.—(Sentándose.) Ya estoy.

VICT.—Hablemos claro. (Coge una silla y se sienta á su lado. Pausa. Expectación de Cruz.) ¿A cómo lo pagas?

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—Eso que tanto deseas... Así hay que tratarte á tí... Al lado tuyo me he vuelto muy mercachifle, y todo lo cotizo, como tú.

CRUZ.—(Inquietísimo.) ¡Mujer... mira que...!

VICT.—(Obligándole á sentarse.) Quieto... Los negocios se tratan con calma y frialdad.

CRUZ.—Pero los hijos no sé yo que se hayan cotizado nunca.

VICT.—Los hijos también, sobre todo cuando los padres son como tú. A ver, clarito, ¿cuánto das?

CRUZ.—(Irritado, levantándose.) Victoria, no me vuelvas loco. Ahora sí te digo que antes se hundirá el firmamento que consentir yo en la separación.

VICT.—No podrás evitarla sino cotizándome también á mí. Vaya, hombre, me vendo. ¿Cuánto das por mí, ahora que seguramente valgo más que antes, mucho más?

CRUZ.—No compro mercancía que me pertenece.

VICT.—¿A que sí?

CRUZ.—Bueno: pues propón tú. El que ofrece el artículo, que manifieste en cuánto lo valora.

VICT.—Pues pido... (Reflexiona un instante con expresión picaresca) pido... Prepárate, que voy á pedir mucho...

CRUZ.—Preparado estoy.

VICT.—Pues... empiezo por una pretensión muy justa de papá. La perpetuidad por sucesión directa de la casa Cruz-Moncada bien merece que reconozcas como nominativas y pertenecientes á mi padre la quinta parte de las acciones del *Banco Industrial.*

CRUZ.—(Vivamente.) Concedido. (Le daré toda la broza...)

VICT.—Bien.

CRUZ.—Las acciones *letra D.*

VICT.—(Vivamente.) No, no: eso no.

CRUZ.—¿Por qué?

VICT.—¿Pero tú te has creído que yo soy tonta, ó que no entiendo de negocios?... Las acciones *letra D* son lo que llamas broza, porque están gravadas con el canon de Foxá.

CRUZ.—(Asombrado.) Pero...

VICT.—Andate con cuidado conmigo... Mira que á mí no hay quien me engañe... En fin, las de *letra B.*

CRUZ.—(Haciendo un gran esfuerzo.) Sea.

VICT.—Adelante... (Sonriendo.) ¡Si vieras!... Grabada tengo aquí la última cantidad que escribí en el libro de la fábrica. ¡Tengo yo una memoria...! Era el saldo á tu favor de la cuenta del último trimestre... ¡Bonita cifra! Beneficio líquido: pesetas 27.433 con 78 céntimos.

CRUZ.—Justo, sí.

VICT.—¡Qué hermosura de trimestre! Parece un sueño, una ilusión...

CRUZ.—Pero no lo es.

VICT.—Pues... ese pico ha de ser para mí.

CRUZ.—¿El pico? ¿Los 78 céntimos?.

VICT.—No.

CRUZ.—¡Ah, el pico de 433 pesetas! Bien, hija mía... sí... (Muy conciliador) sí. Puedes repartirlo entre los pobres... Sí, sí... concedido. (Como sintiéndose tranquilizado.)

VICT.—Siéntate. No me entiendes. Se te ha metido en la cabeza que tu mujer es una simple, una pobre beata que no sabe más que rezar... y... El pico que quiero, que reclamo, es el total: las 27.000...

CRUZ.—¡Y á eso llamas pico! ¡Victoria!... ¿Pero tú sabes...? ¡Si no hay en el mundo pobres para limosna tan colosal! ¿Acaso piensas salir á un balcón y arrojar el dinero á puñados? ¿Pero qué entiendes tú por picos, desventurada?

VICT.—Sé lo que digo. Si soy yo una gran hacendista, y sé más, mucho más que tú. Llamo pico á esa cantidad, considerándola en la cuenta total de tus ganancias. En la liquidación de Bolsa, por diferencias, á fin de mes has ganado...

CRUZ.—(Interrumpiéndola.) ¿Tú que sabes?

VICT.—Es que hay en Bolsa un pajarito que viene volando y me lo cuenta todo.

CRUZ.—(Burlándose.) El Espíritu Santo.

VICT.—Justo: el Espíritu Santo. Le ví en éxtasis, y en el pico llevaba un papelito que decía: Pesetas 257.308, con 23 céntimos.

CRUZ.—Basta. Bueno, mujer: maldigo tus artes infernales, ó celestiales, ó lo que sean; y para que veas que soy conciliador, te doy eso que llamas pico, con tal que cierres el tuyo y no me pidas más.

VICT.—Pero si ahora empiezo...

CRUZ.—¿Pero más?

VICT.—Sí: más, más. Pido que concluyas las obras de este santo Asilo.

CRUZ.—(Airado, violento.) Mujer... basta... ¿Pero tú te propones dejarme en la miseria? (Recorriendo agitadísimo la escena.) ¿Concluir esto?... ¿Estás loca? ¿Pero tú sabes...?

VICT.—Sí: conozco bien el plano.

CRUZ.—(Nervioso, excitadísimo, mirando hacia el claustro.) Pues ahí es una friolera... Falta el ala derecha... falta la iglesia definitiva... con dos torres muy grandes... que llegan al cielo... No, no: imposible... Hija mía, no, no puede ser. Hasta aquí llegué... Ni Cristo pasó de la Cruz, ni esta Cruz pasa de aquí.

VICT.—Pues no podemos entendernos.

CRUZ.—Cierto que no hay manera de entendernos... Mejor... Porque sería mi ruína, y... No, no...

VICT.—Pues, hijo, yo no transijo.

CRUZ.—Ni yo... ni yo tampoco.

VICT.—Rotas las negociaciones.

CRUZ.—Pues rotas... ea...

VICT.—Separación.

CRUZ.—Pues separación... y cada cual por su lado... Pues no faltaba más.

VICT.—(Dándole el sombrero y señalándole la salida.) Estoy en mi casa. Toma... por allí se sale...

CRUZ.—(Toma el sombrero y luego lo deja.) Victoria... aguarda... oye... Busquemos una transacción. Daré á Jordana una cantidad...

VICT.—(Con energía.) No, no: has de terminar por tu cuenta el edificio, cueste lo que cueste.

CRUZ.—No, no, no... Yo estoy loco... Victoria, óyeme... ¿No podríamos...?

VICT.—(Sentándose.) ¿Qué?

CRUZ.—Encontrar un medio, una fórmula... simplificando las obras, modificando el plano y el presupuesto...

VICT.—Todo ha de ser como está proyectado...

CRUZ.—(Pateando.) ¡Por vida de...! Pero, mujer, siquiera... ¿A qué esas dos torres? Con una basta... y chiquita... y de ladrillo.

VICT.—Han de ser dos, y de piedra, y grandes, grandes... y en los cimientos de la iglesia una cripta...

CRUZ.—¡Una cripta!

VICT.—(Cariñosamente.) Sí, en la cual labraremos nuestros sepulcros: el tuyo, el mío y los de nuestros hijos; y cuando muy viejecitos ya, cargados de años y de méritos, nos muramos...

CRUZ.—Nos enterrarán allí...

VICT.—Sí... yo así (Indicando la actitud de una estatua yacente); tú á mi lado.

CRUZ.—Eternamente juntos...

VICT.—Nuestros huesos, que las almas... En el cielo estará la mía.

CRUZ.—La mía también... ¿Eh? qué crees... Me colaré como pueda... Sobornaré á San Pedro...

VICT.—Sí: bueno estás tú para sobornar. En fin...

CRUZ.—(Trastornado.) Victoria... me fascinas... me enloqueces, me... Considera... yo, yo, como jefe de la familia; yo, el padre, debo velar por la propiedad, por los intereses.

VICT.—(Levantándose orgullosa.) ¡Ah! no... eso es una antigualla. Dios me ilumina, y me dice que las madres gobiernan el mundo.

CRUZ.—¡Las madres!

VICT.—(Con brío.) Sí... Basta. Sométete... pero en absoluto, sin condiciones... Silencio...

CRUZ.—Pero, por Dios, no lo digas á nadie. Guarda el secreto de mi conquista. Me avergüenzo de la traición que hago á mi carácter.

VICT.—Déjame á mí. Soy tu ángel bueno... No temas... Ea, vengan todos acá. (Gritando.) ¡Papá, Gabriela, Florentina, Jordana!

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS.—MONCADA, GABRIELA, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, DANIEL, JAIME, JORDANA, que entran por el *buffet*.

VICT.—Mi marido y yo hemos resuelto terminar las obras de este gran edificio... (Asombro en todos.)

JORD.—Milagro, milagro... ¡Eh! que venga el organista... los chiquillos á entonar el himno... Música, cohetes. (Sale disparado por el fondo.)

VICT.—(Aparte á Moncada.) Papá, todo conseguido... (A la Mar-

quesa, en voz alta.) Florentina, alegrarse. La finca volverá á ser de usted...

MARQ.—¡Dios te bendiga! (Le abraza llorando.)

MONC.—Eres hombre vencido y domado. Victoria hace de tí lo que quiere.

CRUZ.—Eso no. Mientras más la quiero, más me afirmo en ser lo que soy. Es que teniéndome por indomable, me agradan los latigazos de la domadora. Ni yo puedo vivir sin ella, ni ella sin mí. Que lo diga, que lo confiese.

VICT.—(Con arranque.) Lo confieso, sí. Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer... ni podríamos vivir.

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—La de San Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.—Bárbara, tragicomedia.

EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—En prensa: La vuelta al mundo en la Numancia.—En preparación: Prim.—La de los tristes destinos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, 2 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Edición ilustrada de **Doña Perfecta**, con dibujos de Pellicer